

EL ROMANTICISMO EN ARAGÓN (REALIDADES LITERARIAS E IDEALISMOS TARDÍOS)

JOSÉ LUIS CALVO CARILLA
Universidad de Zaragoza

Introducción

Si en sus manifestaciones nacionales de mayor entidad, una buena parte de los estudiosos —a veces con excesivo ensañamiento— ha venido reduciendo cada vez más el romanticismo español a un modesto epifenómeno, reflejo desleído del romanticismo europeo, ¿qué decir de nuestro romanticismo regional, tan circunstancial y contradictorio como el madrileño, aunque todavía más anecdótico y extemporáneo?¹ Los mismos

¹ Las realidades del romanticismo en Aragón, así como su interpretación histórica y literaria, fueron ya fijadas por José-Carlos MAINER, especialmente en sus trabajos «Del romanticismo en Aragón: *La Aurora* (1839-1841)», en *Seria Philologica F. Lázaro Carreter*, Madrid, Cátedra, 1983, II, pp. 303-315; «El romanticismo en Aragón», en Aurora EGIDO (coord.), *La literatura en Aragón*, Zaragoza, CAZAR, 1984, pp. 129-149, y «Literatura moderna y contemporánea», en AA. VV., *Enciclopedia Temática de Aragón*. Zaragoza, Moncayo, 1988, VII, pp. 226-280. Poco queda, pues, por añadir a unos estudios y a unas conclusiones que me parecen definitivos y que, lo mismo que sus precisiones metodológicas sobre el estudio de la cultura regional —en su oscilación entre el particularismo y el provincianismo—, están implícitos en esta exposición (cf. «La invención de la literatura española», en José María ENGUITA y José-Carlos MAINER (eds.), *Literaturas regionales en España*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1994, pp. 23-45).

Por razones de extensión, he atendido preferentemente al cultivo de la poesía en la primera mitad del siglo XIX. Como descubrirá el lector interesado, aun dentro de esta acotación queda pendiente la tarea de contabilizar definitivamente la nómina de aquellos *amateurs* accidentales de las musas, como también la de establecer el *corpus* de sus perentorias sublimidades líricas. En compensación, espero que mi estudio de este periodo histórico haya evitado muchas de las esquematizaciones sobre las que advierte Leonardo ROMERO TOBAR en su indispensable *Panorama del romanticismo español*, Madrid, Castalia, 1994. Por otra parte, toma en consideración o, al menos, deja apuntadas algunas cuestiones que, como en el caso de los años que median entre 1808 y 1833, quizá merezcan una mayor atención crítica en el futuro.

románticos no pensaron otra cosa de sí mismos cuando se decidieron a reflexionar sobre sus propias creaciones. A la altura de 1845, Martínez Villergas no podía ser más tajante: «Cuando decimos que la Francia está más adelantada que la España, no queremos decir que lo esté más bajo éste o aquel punto de vista, sino bajo cualquiera que se la considere (...)». Lo que falta a *La conjuración de Venecia* de Martínez de la Rosa para llegar a *La Torre de Nesle* de Alejandro Dumas, lo que falta a Zorrilla para llegar a Arago, a Carnicer para llegar a Aubert, a Galiano para llegar a Thiers, a Mazarredo para llegar a Bugeaud, a la Cibeles para llegar al Arco de la Estrella, a Madrid para llegar a París, falta a la España para llegar a la Francia»². Y a uno de los más representativos de las letras de la tierra —el fundador de *La Aurora* y luego rector de la Universidad zaragozana—, no se le caía la toga al confesar en el prólogo a la recopilación de sus *Poesías* que «...aunque yo presumo poco de esta colección, la verdad es que no hay muchas de algún precio en la literatura aragonesa, si se exceptúan las póstumas de los Argensola». Para Borao, ni siquiera la musa barroca de poetas como José Navarro, José Tafalla y Negrete, Matías Aguirre o Vicente Sánchez tenía otra cosa de bueno que «algunos discreteos y juegos felices de frase, propios de la época, y tan mal chiste que responde a aquella jovialidad inagotable del siglo XVII, fundada principalmente en la exageración». Aunque, como he anticipado, tampoco era más complaciente al juzgar el pobre panorama que veía a su alrededor:

En nuestros días escribió bien aunque poco el jurisconsulto D. Francisco del Plano, pero no se halla reunido. Príncipe dio a la luz una colección, pero no le valió el crédito de sus *Fábulas*; Serrano ha dado otra, pero es en Zaragoza apenas conocida y se considera como madrileña³.

No insistiré en las justificaciones con que viene presentada cualquier entrega de nuestros vates regionales: la poesía es el producto de ocios o veleidades juveniles, de compromisos sociales de circunstancias y de reque-

La recopilación de Juan DOMÍNGUEZ LASIERRA, *La literatura en Aragón. Fuentes para una historia literaria*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1991 —avanzada en entregas desde 1989 en las páginas de la revista *Turia*— constituye una inestimable ayuda bibliográfica para el estudio del romanticismo aragonés. A ella remito —y, más concretamente, a los capítulos dedicados a los distintos géneros literarios— para aliviar la prolijidad de estas ya de por sí apretadas notas a pie de página.

Por último, quiero dejar constancia de mi agradecimiento a Teresa Claramunt y a Anita Fabiani, quienes me han hecho partícipe de sus felices hallazgos de obras de Braulio Foz dadas hasta ahora por perdidas; a Manuel López Dueso, por enviarme una copia de los *Ocios Poéticos* de Antonio Puicercús; y a Esther Ortas, a José Ángel Sánchez y a Juan Carlos Ara, por haber puesto a mi disposición sus investigaciones recientes, algunas de ellas inéditas o en curso de publicación.

² *Los políticos en camisa, historia de muchas historias escrita por J.(uan) M.(artínez) V.(illergas) y un jesuita*, Madrid, Imprenta del Siglo, 1845-1846, I, pp. 138-139.

³ Prólogo, pp. 6-7.

rimientos de amigos. Esta pobreza de resultados es lo primero que salta a la vista. A la hora de establecer una visión panorámica, la novela o el teatro tampoco se salvan de estas mismas limitaciones.

Desde esta consideración general, paso a continuación a destacar algunos picos de sierra de esta superficie achatada y desértica que constituyen las realidades literarias del Aragón de la primera mitad del siglo XIX. Anticiparé también la paradoja que anuncia el título de esta ponencia, y a la que volveré en unas reflexiones epilógicas: sobre estas poco boyantes realidades literarias se construirá desde mediados de siglo hasta nuestros días una compleja mitificación, suma de nostalgias y alimento de las necesidades del presente.

Los primeros síntomas de una nueva sensibilidad

Cierto que hubo escritores que, en palabras de Jean Louis Picoche, «olfatearon» la nueva orientación literaria que traían los tiempos⁴. Pero ése no es el caso del prolífico y tan reaccionario como belicoso magistrado Rafael José de Crespo (Alfajarín, 1779-1842), cuyo *Don Papis de Bobadilla* enlaza con las numerosas imitaciones que tuvo que padecer la gran obra cervantina a lo largo del siglo XVIII⁵. La producción poética de Rafael José Crespo confirma al excelente escritor que hay en él aunque, dadas sus posiciones ideológicas y estéticas de partida, tampoco de su poesía podía esperarse otra cosa que la prolongación del rancio didactismo de su novela. Para aligerarla, podó de sus páginas un centón de epigramas —«breves, honestos, rápidos, inesperados y fuertes»—, a los que dio vida exenta en sus *Poesías epigramáticas*, antología a la vez de «la flor de lo más delicado y gracioso que en esta parte ha producido el espíritu humano, ya en lenguas antiguas, ya en modernas»⁶. La fábula como fórmula didáctico-satírica había tentado también a este escritor fernandino, atento a «formar al hombre moral, civil y literario, rectificar sus ideas, desarrollar su facultad observadora y adelantar progresivamente su

⁴ «¿Existe el romanticismo español?», *Iris*, 2 (1981), pp. 113-161.

⁵ *Don Papis de Bobadilla o crítica de la pseudo-filosofía*, 6 vols., Zaragoza, Polo y Monge, 1829. Para el estado de la cuestión biográfica y bibliográfica (de y sobre) Crespo, cf. José-Carlos MAINER, «Rafael José de Crespo (1779-1842) o el epigono», en *Letras aragonesas (siglos XIX y XX)*, Zaragoza, Oroel, 1989, pp. 13-38.

⁶ Zaragoza, 1827. Según confiesa en su dedicatoria a Calomarde, Crespo ya había ensayado con anterioridad el género de Marcial, dado que «en 1814 publiqué un volumen» (*ibid.*, p. 47). No conocemos hoy esta primera colección, como tampoco otras obras del magistrado, aunque quizás puedan aparecer con el tiempo, pese a que, como recordaba Borao, la «magnífica biblioteca» que poseía ya «se había disipado» a poco de su muerte («Memoria histórica sobre la Universidad de Zaragoza», en *Opúsculos literarios*, Zaragoza, Impr. y Lit. de Mariano Peiró, 1853, p. 138).

razón». En la estela ilustrada —y particularmente iriartiana—, sus *Fábulas morales y literarias* reclaman para sí una utilidad para el hombre moderno, en la creencia, compartida con otros escritores, de que aventajan a la historia y en interés se sitúan «a la par de las novelas»⁷.

Llama la atención, sin embargo, su *Poética* en verso, en la cual demuestra tal familiaridad con el romanticismo, que llega al extremo de tenerlo en cuenta constantemente como referencia de su horaciana admonición. No obstante, ni la intención ni el sentido pretendían en modo alguno comulgar con la nueva estética. Todo lo contrario: aunque los tratados de Blair y de Batteaux pudieron contribuir a flexibilizar sus férreos planteamientos del pasado, la *Poética* de Crespo estaba dirigida a demostrar que todo, incluso los más modernos furios del trance creador o la exaltación del yo de los «modernos campeones», estaba ya contenido y ordenado en las reglas que el aragonés se aplicaba condescendentemente a desmenuzar⁸.

Algo parecido puede decirse de José Mor de Fuentes (Monzón, 1762-1848) quien, pese a escribir —lo mismo que Crespo— buena parte de su obra en el nuevo siglo, seguiría mirando hacia el pasado e incluso, como en su villarroeliano *Bosquejillo* (1836), llegaría a tomar partido contra los «ingeniazos modernos», y aun a enemistarse por esta causa con los redactores de *El Vapor*⁹. Pero, como hombre inquieto y curioso de su tiempo, estuvo dotado de un envidiable talante receptivo hacia lo moderno, virtud que, junto con la de la probada elasticidad de su musa, lo convierten en un escritor de transición con una sintonía, cuando menos lateral, hacia la sensibilidad romántica. En cualquier caso, se trata de una evolución moderada y zigzagueante, que tiene como primer jalón el de sus *Poesías varias*¹⁰, con poemas, como el titulado «La noche», empapados de la misma sentimentalidad ilustrada de Meléndez o de Lista. Significativa es también, en este sentido, su traducción de las poesías de Horacio, por cuanto implicaba una inequívoca declaración de fidelidad¹¹.

⁷ Zaragoza, Impr. de Luis Cueto, 1820: «A quien leyere», p. 4.

⁸ En este sentido, puede incluirse sin violencia dentro de los parámetros trazados por Leonardo ROMERO TOBAR para las poéticas de la primera mitad del XIX, por cuanto, como otras muchas que estudia, en el fondo se fundamenta «en el principio inalterable de las reglas y los modelos en el arte literario» («La poética de Braulio Foz en el marco de la preceptiva literaria contemporánea», en *Homenaje a Braulio Foz. Cuadernos de Estudios Borjanos*, XV-XVI (1985), p. 124).

⁹ Las polémicas que sostuvo Mor en la prensa romántica catalana pueden seguirse ahora en las pp. 419-426 del libro de Jesús CÁSEDA TERESA, *Vida y obra de D. José Mor de Fuentes* (Monzón, Centro de Estudios de Monzón y Cinca Medio, 1994), concienzuda investigación bio-bibliográfica que abre el camino a las necesarias incursiones futuras sobre la obra literaria.

¹⁰ Madrid, Imprenta Real, 1796.

¹¹ «Felice yo si con cabal juicio / Tus raras excelencias acendrando, / En ti un modelo a combinar atino / De afectos, de invención y de lenguaje...» (*Las poesías de Horacio, con un comentario crítico en castellano por...* Madrid, Oficina de Cano, 1798, p. VIII). Aunque, por otra parte, el poema introductorio a sus traducciones de Tácito y Salustio —*Ensayo de traducciones*

Su obra lírica posterior refleja esa inquietud hacia las novedades y esa misma pasión lingüística que había demostrado en sus traducciones. En el largo poema *Las Estaciones*¹² reconoce haberse fijado en «el ingenio de primera jerarquía en esta carrera», el «estacionista por excelencia, el célebre Thompson», quien, junto con el zapatero Bloomfield y Kleist («La primavera»), constituyen las referencias extranjeras de esta imitación estacional. Pero Mor no puede prescindir de Horacio y de los Argensola; se considera sucesor del poema «Selvas al año» de su paisano Gracián, de quien aprueba su clasicismo y, como buen ilustrado, reprueba sus metáforas barrocas; Quintana «le aconseja utilizar para lo descriptivo la silva, en vez del romance heroico o endecasilábico...». Los tres cantos de *Las Estaciones* responderían a esta mescolanza imitativa, si no fuera porque su «Canto II» —subtitulado «Épica americanista»— quedaba alterado en su poema final, «Estragos de la guerra». Con él irrumpía momentáneamente un cierto furor romántico en un libro que, según había anticipado Mor, debía caracterizarse por «la universalidad del plan y el esmero, o sea nimiedad, con que procede a su ejecución»¹³.

Al frente de las *Poesías de D. José Mor de Fuentes en varios idiomas* —publicadas en 1826 y reimpresas en Burdeos en 1833—, colocaba la siguiente «Advertencia»:

Aunque el Autor tiene trabajadas otras muchas composiciones en diferentes idiomas, se publican tan sólo las siguientes, por vía de muestra.

(...)

Manifiesta además sin rebozo haber incurrido en la temeridad de emprender una Oda en alemán, intitulada *Das Vaterland* («La Patria»), y el Rasgo Heroico, en griego, a la Grecia Moderna; pero entrambos partos, o tal vez abortos, le han parecido, al retocarlos, tan sumamente escasos e imperfectos, que a pesar de los halagüeños estímulos del amor propio, no ha podido avenirse a imprimirlos.

que comprende *La Germania, El Agrícola* y varios trozos de Tácito, con algunos de Sabustio, un discurso preliminar y una epístola a Tácito, por D. José Mor de Fuentes y D. Diego Clemencín, Madrid, Oficina de D. Benito Cano, 1798—, parecía hacer profesión de fe moderna, apoyada, desde luego, en la clasicidad:

Quando mi pluma varonil rasguea
Con felice pujanza los conceptos
Que brotan en mi osada fantasía
A Ti, Escritor augusto, a Ti lo debo;
Y a Ti debo también la gallardía
Con que en mis partos a menudo invento
Nuevas formas, de críticos idiotas
Teniendo en nada los reparos necios.

(v-vi)

¹² Lérida, Impr. de Corominas, 1819.

¹³ p. 3.

Y, en efecto, Mor se mueve con soltura en italiano, en francés, en inglés y en latín, aunque es en su propia lengua donde confiesa manifestarse con más pudor y autocensura. Con todo, será su poema «A Zaragoza en el primer Sitio» el que mostrará unos registros más acordes con la sublimidad del tema elegido. Más tardío, *Parangón Heroico* está compuesto por cantos patrióticos a Extremadura, Asturias, Alcalá y Aragón (este último, significativamente encabezado por unos versos de Meléndez Valdés)¹⁴. Con todo, tanto el *Parangón* como su extenso poema de circunstancias *Isabel II* —publicado como libro en Barcelona, en 1843, y en cuya portada y página final anotó Menéndez Pelayo: «abominable poesía de Mor de Fuentes»— ofrecen la imagen de un poeta ya anciano que, sin embargo, pretende acomodarse a las nuevas realidades literarias aceptadas por la sociedad burguesa, por más que no termine nunca de conseguirlo.

Una guerra romántica (la musa popular y el héroe ocioso)

Mucho menos podía esperarse del padre Basilio Boggiero (Celle, Génova, 1752-Zaragoza, 1809), cuyo proyectado *Plan de educación* estaba animado por el propósito de elevar, contra la perniciosa construcción del pensamiento de Rousseau, «otro edificio enfrente para quitarle las luces». Quien terminaría sus días fusilado por los franceses por no dejar de alentar el patriotismo de los zaragozanos después de la capitulación del primer Sitio, no trasladó esa exaltada animosidad a su producción lírica. Sus *Poesías*, publicadas póstumamente, contienen anacreónticas, endechas, églogas y canciones, con algunos motivos tomados de la actualidad local más inmediata (como su Canción II, «Con motivo del terremoto que se sintió en Zaragoza el día 16 de febrero de 1804», o la Canción III, «Al incendio del Coliseo de Zaragoza»)¹⁵.

Sin embargo, y pese a que no podamos hablar de actitudes propiamente románticas hasta la aparición de los hombres vinculados al semanario *La Aurora*¹⁶, quizás haya que apelar a ese «romanticismo vital» que proba-

¹⁴ Barcelona, Imprenta de A. Berdeguer, 1845. El poema «Aragón» se encuentra en las pp. 15-28.

¹⁵ Madrid, Imprenta de don M. de Burgos, 1817. Boggiero tradujo también *En defensa de la religión* y los *Pensamientos* de Pascal (cf. A. PASTOR BELTRÁN, *Los Escolapios y los Sitios de Zaragoza. Biografía del P. Boggiero*, Zaragoza, 1959).

¹⁶ Tampoco el poeta boltañés Antonio Puicercús del Campo y Portella escapa a esta provisional generalización. Puicercús, abogado y luego diputado a Cortes por Boltaña, al que he conocido gracias a la amabilidad de Manuel López Dueso, redacta una buena parte de sus inéditos *Ocios Poéticos* (Archivo Histórico Provincial de Huesca, sección «Joaquín Costa», Caja 116, carpeta 11120) antes de 1819, con poemas inspirados en los acontecimientos bélicos. Sin embargo, ni siquiera sus versos más encendidos logran sobrepasar las convenciones de la poesía cívica dieciochesca.

blemente nunca quedó reflejado en las creaciones literarias: el que escribieron con la sangre de sus propias venas tantos héroes conocidos (pero también tantos hombres y mujeres anónimos encendidos por igual o mayor carga de exaltación y de heroicidad) en la resistencia contra el invasor francés y luego contra la tiranía fernandina.

Es innegable que vivían y luchaban románticamente y que ya entonces pudieron auscultar, al menos en alguna medida, el romanticismo foráneo a través de los ejércitos que luchaban en la península¹⁷. Por lo que si, como se ha dicho, quizá no tuvieron la necesaria tranquilidad espiritual para plasmar artísticamente sus vivencias (por poca que necesitara una escritura a expensas de los repentinos impulsos del espíritu), tampoco tenemos hoy la certeza absoluta de que esa exaltación no quedase plasmada en alguna obra literaria, siquiera fuera ésta de *emergencia*¹⁸. Para esta tarea pendiente pueden servir como pauta las incursiones que se vienen sucediendo en la actividad teatral sobre la que, tras los pasos de Cotarelo y Mori, ha podido reunirse un *corpus* de obras de resistencia estrenadas en estas adversas circunstancias¹⁹. De inspiración dieciochesca —con algo o mucho que ver con la tragedia ilustrada—, una parte de estas piezas, a veces protagonizadas por *el pueblo mudo*, tuvo como inspiración gestas colectivas, escenarios o personajes aragoneses. Ése es el caso del teatro político de Gaspar Zavala y Zamora, con obras como *Aragón restaurado por la virtud de sus hijos* (estrenada en agosto de 1808), *Los Patriotas de Aragón* (en septiembre) y su continuación, *El Bombeo de Zaragoza* (en noviembre de ese mismo año), todas ellas varias veces reimprimadas en distintas ciudades...²⁰.

Aunque la relación dista mucho todavía de ser completa, es lo suficientemente representativa, ya que no de una concepción dramática nove-

¹⁷ Cf. Leonardo ROMERO TOBAR, *op. cit.*, p. 86.

¹⁸ Cf. las referencias que proporciona el breve artículo de Juan Antonio DUEÑAS LABARÍAS, «La prensa durante los Sitios de Zaragoza», en *Premio Los Sitios de Zaragoza*, Zaragoza, 1987, pp. 93-96. También Ana María FREIRE LÓPEZ, pese a que no ha tomado en consideración fuentes periódicas aragonesas (*Poesía popular durante la Guerra de la Independencia española*, London, Grant & Cutler, 1993).

¹⁹ Tarea en la que se ha visto secundado por Phillip ROGERS, David T. GIES, GIL NOVALES, FRANCISCO LAFARGA o Guillermo CARNERO (cf. de este último estudioso «Un ejemplo de teatro revolucionario en la España napoleónica», *España Contemporánea*, 1, 2 (1988), pp. 49-66; y Ermanno CALDERA (ed.), *Teatro político spagnolo del primo ottocento*, Roma, Bulzoni, 1991).

²⁰ Otros títulos son: *El héroe zaragozano* (1809), de Josef SÁNCHEZ RENDÓN, compuesta para glorificar la figura de Palafox; *La noche de Zaragoza. Comedia nueva en tres actos: sin mutación de theatros; Y en su todo fácil de ser representada en casas particulares* (sin año, sin autor); *Zaragoza reconquistada por Don Francisco Espoz y Mina. Comedia en tres actos*, de Manuel LARRUGA (1914), amén de obras como *El chasco que pegaron a los franceses en Egea de los Caballeros*, que Lafarga incluye en la sección de «Obras no localizadas» («Teatro político español (1805-1840): ensayo de un catálogo», en Ermanno CALDERA (ed.), *op. cit.*, pp. 167-251).

dosa, sí al menos de una *mitificación contemporánea de la sociedad aragonesa* a los ojos de los demás resistentes. También es más que probable la existencia de una producción autóctona y, desde luego, de representaciones de estas piezas de resistencia política. En cualquier caso, extraños y propios (si es que este último extremo llega a confirmarse) contribuyeron a enriquecer el imaginario colectivo con los nuevos blasones de la valentía y el patriotismo. En este sentido, falta la recopilación y el estudio de todo ese aluvión de hojas sueltas y pequeños panfletos —en prosa y en verso— que llamaban a la resistencia contra la invasión francesa. Producto como eran de un vacío de poder y, por lo tanto, de una situación de libertad de expresión de hecho que, bajo sus burdas y maniqueas caricaturizaciones (del rey José, de Napoleón, de los franceses), revelaban hasta qué punto estaba generalizándose el rechazo al Antiguo Régimen, y cómo la búsqueda de soluciones de recambio comenzaba a inspirarse en soluciones liberales²¹.

Finalmente, el sentimiento del particularismo regional —uno de los catalizadores de esa circunstancial musa de resistencia— pudo sentirse reforzado también por algunos escritos políticos, aragoneses y no aragoneses, que volvían los ojos al Aragón medieval en busca de un modelo de monarquía acorde con los tiempos. Gerard Dufour ha recordado los antecedentes dieciochescos de estas fijaciones y cómo esta elección de la constitución medieval aragonesa suponía en las últimas manifestaciones del pensamiento político de la Ilustración, no sólo una defensa de Aragón, sino un desafío al poder y en definitiva, toda una lección de liberalismo²².

Con estas recurrencias surgía espontáneamente en el verano de 1808 un temprano liberalismo, cuyos rasgos más sobresalientes eran el historicismo, la crítica del pasado inmediato, la prioridad de las libertades civiles y políticas contra el *monstruo del despotismo* y la reivindicación de una Constitución escrita. En ese mismo verano de 1808 detectan Elorza y López Alon-

²¹ Como han señalado Antonio ELORZA y Carmen LÓPEZ ALONSO en *Arcaísmo y modernidad. Pensamiento político en España, siglos XIX-XX*, Madrid, Historia 16, 1899, p. 12.

Al corregir estas pruebas, acaba de ser defendida en la Facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad zaragozana la Tesis Doctoral de María del Pilar SALES YUS, titulada *Descripción y estado bibliográficos de los textos literarios relativos a los Sitios de Zaragoza*, que supongo contribuirá a iluminar estos agitados años.

²² «El tema de la constitución antigua de Aragón en el pensamiento político de la ilustración española», en María Dolores ALBIAC (dir.), *Actas del Seminario de Ilustración Aragonesa*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1987, pp. 215-222. No obstante, si Dufour matiza ponderadamente este fenómeno («ver en la Constitución antigua del reino de Aragón el prototipo de cualquier constitución liberal era, sin duda, un enorme contrasentido histórico»), subraya de otro lado la dimensión internacional que adquirió, pues «fue esta interpretación la que se impuso por los años de 1920, y quizás más aún en Francia, donde el abate Grégoire en su *Histoire des confesseurs*, publicada en 1824, declaraba que la Constitución política de los Aragoneses suscitaba aún la admiración, y donde sirvió de referencia en los debates que opusieron a liberales y ultrarrealistas» (p. 222).

so el nacimiento de otro mito que acompaña fugazmente al de las antiguas Cortes aragonesas: el de Fernando VII como fundador de la libertad. Dicho mito inspirará el *Grito de la razón al español invencible*, donde el magistrado aragonés Romero Alpuente llega a imaginar a un Fernando VII que regresa del exilio y hace entrega de sus poderes a la nación, mientras pronuncia estas reconfortantes palabras: «Ábdico, pues, a favor de mi gran nación, estos augustos derechos, porque sólo pueden ejercerse fielmente por unas Cortes bien afianzadas, con propietarios amovibles y nombrados solemnemente por todos vosotros, o sacados por la incorruptible suerte, a semejanza en todo de los Estados Unidos americanos o de mi glorioso reino de Aragón...»²³. En el terreno de la creación poética, sin embargo, desconozco la existencia de muestras con semejante mordiente político, y no es probable que posea tales características la poesía mural y celebratoria con que la capital zaragozana festejó en 1814 la visita de «El Deseado»²⁴.

Por otra parte, la musa espontánea de los resistentes, que venía alentando desde finales de siglo el *Diario de Zaragoza*²⁵, pudo contribuir a la creación de mitos como el de Palafox, quien, pese a las luces y a las sombras de su heroísmo, se sentiría abrumado, en esos años y en los inmediatamente posteriores, por una acalorada gavilla de poemas laudatorios, a los que no cabe discutir al menos lo romántico de su motivación²⁶. El propio general dejaría constancia de sus ocios juveniles, los cuales, si en sus comienzos pudieron ser un mero ejercicio escolar, los avatares biográficos llegarían a marcar con un irracional sino trágico (y hasta con un insultante donjuanismo):

Cómo se estrella la suerte
cuando quiere perseguirme,
es arcano incomprensible,
más atroz aún que la muerte.
Desde el glorioso alzamiento
por el rey en Aragón,
se mudó mi condición
del gozar al sufrimiento.

²³ *Op. cit.*, pp. 12 y 20.

²⁴ *Colección selecta de las producciones poéticas que, con motivo del feliz arribo a esta ciudad de nuestro adorado Monarca Fernando VII e Infante Don Carlos: se han compuesto para cantar en los carros triunfales y coliseo; y para fijarse en las fachadas de las parroquias y magníficos altares que han dispuesto algunos gremios de la ciudad, y ha recopilado y ordenado D. M. R. Zaragoza*, en la Oficina de Heras, 1814 (recogida por FREIRE, *op. cit.*, p. 14).

²⁵ JOSÉ ARAGÜÉS ALDAZ, «Géneros periodísticos y primera prensa aragonesa», en María Ángeles NAVAL (COORD.), *Cultura burguesa y letras provincianas. Periodismo en Aragón (1834-1936)*, Zaragoza, Mira, 1993, p. 79.

²⁶ Se encuentran en el Archivo Municipal de Zaragoza, Archivo General Palafox, caja 43-27/1 (cf. Herminio LAFOZ RABAZA, *José de Palafox y su tiempo*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1992, p. 110). También en la caja 39-8/40 he podido leer unas manuscritas «Octavas al Excmo. Sr. Palafox».

Antes, era yo feliz
todo me salía bien,
y hasta la suerte también
me doblaba la cerviz...²⁷.

La misma conmoción espiritual producida por la guerra y la deportación parecen plasmar, no sólo algunas fragmentarias tentativas²⁸, sino poemas como el que, presumiblemente de 1818, expresa los desastres de la guerra:

¡Qué frío! ¡Qué silencio!
¡Qué horrible soledad, qué macilentos
ojos me miran por doquier respiro!
¡Qué ayes, qué gemidos, que lamentos!
(...)
Que todo horror ya me parece ocioso,
que todo es menos fiero,
que todo es más humano
que el horroroso espectro Gaditano.
Ése es el eco del horrendo tono
con que me hablan escuálidos semblantes.
Ése el pavor horrisono que hierne
mis trémulos oídos.
Miro yertos cadáveres tendidos
bañando el suelo patrio
donde fundó su libertad España
donde el Galo atroz la envenenada saña,
quedó corrida huyendo
por las cimas heladas
del nevado Pirene conduciendo
Victorias malhadadas
y la vergüenza que al valiente aterra
cuando vencido sale de la Guerra.
Miro la triste viuda
y la honesta doncella ya tendidas
de duro golpe heridas
en la sangrienta lid de muerte cruda.
Ya las calles y plazas
de cadáveres yertos encumbradas,

²⁷ Archivo Municipal de Zaragoza, Archivo General Palafox, caja 39-2/41. El poema completo fue reproducido por LAFOZ RABAZA (*op. cit.*, p. 51). Tanto en éste, como en los fragmentos que transcribo a continuación, he procedido a actualizar la ortografía y las abreviaturas de los manuscritos.

²⁸ Como los rotundos versos: «Al furor de la hoguera sagrada / que encendiera patriótico anhelo / de Pelayo la sombra en el Cielo / roto el velo se mira estampada. / A su vista la negra serpiente / enrojece sus ojos altivos / de la envidia abisal atractivos / sólo escucha su saña impotente / y en horrible silbido espantoso / aterrando la Selva y el Valle...» (caja 39-2/23).

ya las manos heladas
del triste anciano que vivir quería
cuando se prometía
de la Patria feliz un nuevo aliento
por el pronunciamiento
que alegres celebraban ¡Inocentes! (...) ²⁹.

Abundan en sus poesías patrióticas los fuertes contrastes entre la esclarecida cuna del héroe y su confortable y disipado vivir juvenil, y las hieles e incertidumbres de las vivencias a las que el «trágico destino» tan bruscamente le había abocado. Tampoco falta la mitificación de sus generosos desvelos por su Patria y por su rey ni, por supuesto, el Pilar o la topografía particularista de la heroica ciudad:

Cuando en el Ebro
los ecos sonaron
y se electrizaron
de heroico valor

del más desgraciado
monarca querido,
por dolo cogido
del fiero opresor.

La suerte dispuso
que eléctrico fuego,
patriótico esmero,
fundase el valor.

Ya el alto Pirene
mirando sus cimas,
qué blancas harinas
parece que tiene,

repite los ecos,
que el rudo estallido
del bronce temido
se escucha de lejos ³⁰.

²⁹ Poema manuscrito en el anverso y reverso de un folio con cabecera impresa donde figura una reproducción del sello real («*Ferdin. VII D. G. Hisp. Et Ind. Rex*») y las leyendas: «Sello CUARTO, año de mil ochocientos diez y ocho» y «Para Pobres de solemnidad quatro ms.» (caja 39-2/39).

³⁰ Caja 39-2/6. Además de estas poesías patrióticas, las cuales bien pudieran guardar una relación de simultaneidad con los acontecimientos vividos o, probablemente, estar redactadas en la soledad de la deportación, las hay también religiosas, amén de algunas fábulas y adivinanzas y probatinas de sus inicios. Más tardías parecen algunas fábulas y composiciones satíricas que aluden a personas de su entorno.

Protegiendo a tan bravos héroes y a tan desmelenadas heroínas, la Virgen del Pilar se erigía en capitana de la aguerrida tropa aragonesa, consolidándose como un nuevo mito romántico regional. Sobre el Pilar se obraban tales prodigios que las bombas dirigidas a la basílica no explotaban, y cuentan los cronistas que, como si de un relato de García Márquez se tratara, una nube en forma de palma acostumbraba a bajar del cielo para posarse milagrosamente sobre la basílica durante determinados días del año³¹.

El Trienio y el exilio

Falta saberlo casi todo sobre la creación literaria durante el Trienio Liberal. Cabe suponer, no obstante, que tampoco en este breve y conflictivo momento escasearon los poemas inflamados del mismo espíritu exaltado de pocos años antes³². De las prensas del zaragozano Mariano Cabrerizo salió, por ejemplo, no sólo la que se considera primera novela histórica liberal, *Rafael de Riego o la España libre*, del probablemente aragonés Francisco Brotóns (1822) sino, al menos, una colección de himnos y canciones patrióticas en las que, como anunciaba el *Diario de la Ciudad de Valencia*, «pueden hallar los patriotas el fuego del civismo que electriza sus pechos, pudiéndolo explayar gozosos proclamando los bienes que la justa libertad nos proporciona, vitoreando al paso de los valientes que nos la reconquistaron y nos la sostienen»³³.

En sus *Memorias de mis vicisitudes políticas desde 1820 a 1936*³⁴, Cabrerizo refería sus tribulaciones de exaltado liberal, al tiempo que exhumaba algunos poemas que, como los titulados «Al calabozo de las leoneras del

³¹ Lo que, al parecer, sucedió los días 17 de mayo y 15 de junio (cf. Herminio LAFOZ RABAZA, *op. cit.*, p. 108).

³² Puede servir de guía para iniciar las pesquisas la valiosa documentación contenida en el *Diccionario Biográfico del Trienio Liberal* de Alberto GIL NOVALES (Madrid, Ediciones El Museo Universal, 1991).

³³ 22-I-1823. Cf. ésta y otras informaciones sobre su actividad editorial en F. ALMELA Y VIVES, *El editor D. Mariano de Cabrerizo*, Valencia, Instituto Nicolás Antonio, C.S.I.C., 1949.

Mariano Cabrerizo nació en 1785 en La Vilueña (partido judicial de Ateca) y falleció en Valencia a los 83 años de edad. A los once había encontrado empleo como aprendiz en la zaragozana librería de don Francisco Ruiz, donde, como dicen sus biógrafos, «el ambiente literario de la trastienda excitaba la imaginación del joven, que en sus horas libres leía las obras de que se discutía». Se trasladó a Valencia a los dieciséis años, para trabajar de encuadernador y comerciante hasta que en 1811 estableció su propia imprenta y librería, con la que consiguió una envidiable posición social y económica.

³⁴ Valencia, Imprenta de M. Cabrerizo, 1854.

castillo de Sagunto» o «La noche de un prisionero», mostraban al genuino romántico que escribía a impulsos de sus propias desgracias³⁵.

Lo mismo pudo suceder en las provincias aragonesas, y, en concreto, en la de Zaragoza donde, por ejemplo, Braulio Foz publicó su comedia *Quince horas de un liberal de 1823*, en la línea de su combativo panfleto de dos años antes titulado *Partidos constitucionales de España conocidos con los nombres de liberales, serviles, persas y afrancesados*³⁶. En este sentido, creo que un vaciado de los 49 volúmenes de *Años políticos e históricos de las cosas ocurridas en la Imperial y Augusta Ciudad de Zaragoza*, del puntilloso alguacil Faustino Casamayor, puede proporcionar no pocas informaciones que sin duda servirán como punto de partida para futuras búsquedas, también en lo que a la creación poética respecta³⁷.

Tampoco faltó en el Trienio el sentimiento particularista de lo aragonés, el cual bien pudo inspirar composiciones líricas más o menos espontáneas y circunstanciales. Antes bien, estos tres años de libertad constituyeron lo que Antonio Peiró ha denominado un precoz «episodio aragonésista», caracterizado por la profusión de proclamas, consignas y alusiones a Juan de Lanuza, Antonio Pérez y los Fueros de Aragón, tanto desde instancias oficiales como desde las páginas de la prensa³⁸.

³⁵ *Memorias...*, p. 47 y pp. 80-81 respectivamente. Al hilo del primero de ellos anota: «Estas impresiones que en otros se tradujeran en apuntes más o menos prosaicos, despertaron en mí aquella parte del estro que, según nuestro adagio, todos poseemos. Resultado de ello fueron las cuartetas que allí mismo compuse, y las doy como una muestra de lo que es capaz el hombre, aun en las situaciones más críticas». Pero Cabrerizo no ha pasado a la historia por su ardor poético, sino por haber editado lo más granado de la literatura del momento y, de modo especial, gran parte de las novelas que leyeron los españoles en la primera mitad de siglo.

³⁶ Información proporcionada por Fermín Gil Encabo.

³⁷ En este sentido, Jerónimo BORAJO (*Biografía de don Faustino Casamayor* [1855], Zaragoza, Publicaciones de «La Cadiera», XLIX, 1952) certificaba la fidelidad de una memoria histórica que se extendía desde el año 1782 hasta la mitad de 1834 («todo papel de alguna celebridad está copiado (...), todo acontecimiento literario está revestido de los más insignificantes incidentes, toda obra literaria está recordada»). Esta trabajosa labor acaba de ser realizada por el profesor Ángel SAN VICENTE en lo que respecta al arte y a los espectáculos (*Años artísticos de Zaragoza, 1782-1833, sacados de los «Años políticos e históricos» que escribía Faustino Casamayor...*, Zaragoza, IberCaja, 1991).

³⁸ Por ejemplo, en su toma de posesión en la Capitanía de Zaragoza, el propio Rafael de Riego traía a la memoria de sus oyentes «lo mucho que los aragoneses trabajaron en defensa de sus Fueros y libertades, y especialmente del desgraciado Justicia de Aragón, D. Juan de Lanuza...». En este sentido, posiblemente la aplaudida representación —el día 22-xi-1822— del drama *Lanuza, Justicia de Aragón*, no fuera la única que tuviera lugar en estos agitados días (podría tratarse del *Lanuza* del Duque de Rivas —estrenada en esas mismas fechas—, obra de urgencia en la que, sin embargo, algunos estudiosos han valorado algo más que atisbos de la dramaturgia romántica).

Igual o mayor dificultad presenta el seguimiento editorial de esta mitología nostálgica y de la trasterrada desazón íntima de otros exiliados³⁹.

Los románticos de *La Aurora*

Tenían mucha razón quienes, como Jerónimo Borao, creían que el siglo XIX había comenzado en 1833, aunque por esas fechas el rector zaragozano contara tan sólo con 12 años de edad. Cuando esto escribió —al final de sus *Opúsculos literarios*— se sentía orgulloso de que, por fin, los hombres de su generación hubieran dejado de mirar «de lejos» a la contemporaneidad europea desde una nación «medio dormida y medio esclava», y hubieran entrado de lleno en el progreso que traían las libertades⁴⁰.

Eran, los más de ellos, como Borao, representantes de esa burguesía en ascenso que apuntaba desde 1833 y que mantendría su aliento revolucionario hasta 1854 (y, en algunos casos, como los de Jerónimo Borao o de Braulio Foz, incluso más tarde). La recordada afirmación de Jerónimo Borao («El siglo XIX ha empezado en 1833») demostraba que nuestros románticos, después del largo paréntesis que había supuesto la Guerra contra los franceses, el absolutismo fernandino y la primera guerra carlista, *tenían conciencia de estar viviendo un tiempo nuevo*. Compartían con sus contemporáneos de otras ciudades españolas la necesidad de recuperación económica de la nación empobrecida por las guerras, con una preocupación agravada por la lamentable y ruinoso postración en que, en

³⁹ Casos eminentes son los de Mor y Foz, aunque cabe la posibilidad de que esta reducida nómina pueda engrosarse en un futuro con la aparición de nuevos nombres de exiliados. A este respecto, un reciente trabajo de Leonardo ROMERO TOBAR ofrece un recuento de la bibliografía existente y llama la atención sobre algunos campos de investigación todavía pendientes en el XIX español: «Las colecciones hispanas que imprimieron importantes empresarios de la edición europea del XIX, como, por ejemplo, Rosa-Bouret o Garnier de París (próximo estos editores a la casa Ollendorff, estudiada por Jean-François Botrel), la Brockhaus de Leipzig o, durante los años románticos, Rudolph Ackermann de Londres» («Artículo-reseña. El Catálogo colectivo del siglo XIX: un proyecto bibliográfico inexcusable», *Hispanic Review*, 65, 4 (1995), p. 581).

⁴⁰ Zaragoza, Impr. y Libr. de Mariano Peiró, 1853. La cita se inscribía en esta breve síntesis de la historia más reciente: «En los primeros nada vio sino la continuación del siglo XVIII, ni casi oyó los gritos de triunfo y de dolor con que aturdió su vecina la Francia a toda Europa y aun al África; más tarde se incorporó en el movimiento general por patriotismo, no por miras políticas; por la nacionalidad, no por la libertad; después de vencer, volvió a las cadenas que su dueño le había aflojado un momento con la mira de que pudiera defenderle mientras él huía y aun se postraba ante su enemigo. Si más tarde hubo una época Constitucional, se debió a los espíritus más adelantados, y a la inoculación insensible de las ideas por medio de la anterior revolución; *pero después de atravesar a poco por toda la mala suerte del que rinde su espada a un contrario poco noble, que ni siquiera ha sido vencedor, la España ha vuelto a cobrar sus libertades, y en posesión de ellas ya hace tiempo, ha empezado a vivir para el siglo, el cual puede decirse que empieza para ella en 1833*» (p. 104; es mío el subrayado).

concreto, la Guerra de la Independencia había dejado a Aragón. Por eso, como ha señalado Carlos Forcadell, «abundaron las propuestas de actuación y planteamientos urgentes, en la convicción de que, liquidado el conflicto civil, apremiaba la tarea de reconstrucción económica, en la que, con la sensación de partir de cero, todo estaba por hacer y era posible hacer todo»⁴¹.

De ahí también que, en clara voluntad de recuperar un tiempo detenido —el de los ilustrados, el de la Revolución francesa—, la palabra *regeneración* fuese moneda de uso corriente en esos años. Como también lo sería la palabra *progreso*, que pronto comenzaría a figurar en las cabeceras de la prensa de la época. Por otra parte, faltaba poco para que ese progreso se deslizara velozmente sobre raíles y traviesas, y de que se cantara al «milagro gigante y audaz» del agua y del fuego de las primeras locomotoras de vapor y a los resultados de esta romántica conjunción de las fuerzas de la naturaleza («Vapor, potencia, presión....»)⁴². En nombre de ese mismo progreso aparecieron utopías que, como las del alcalde Miguel Alejos Burriel, incluían, entre otras muchas medidas regeneradoras, un camino ferroviario que llegase hasta Valencia y otro que enlazase Lisboa con París y Madrid (¡por supuesto, taladrando los Pirineos a la altura de Canfranc!)⁴³. Esta *apasionada* lucha por el progreso llevada a cabo por la burguesía regional explica la que de otro modo, según el estudioso al que vengo citando, no sería más que una «atolondrada» sucesión de motines, revoluciones y levantamientos ciudadanos. Con ellos se afianzaría una burguesía urbana que tendrá en la ciudad su principal marco de intervención.

El romanticismo literario en Aragón hay que considerarlo, pues, como una de las manifestaciones de esa burguesía urbana, cuyo apasionado progresismo se extiende, desde la política y la economía, hasta las manifestaciones artísticas y literarias. Como tal manifestación urbana, aparece en los núcleos de mayor número de habitantes, aunque haya sido Zaragoza la más beneficiada hasta ahora por la atención de los estudiosos. Sin embargo, trabajos recientes o en curso de publicación confirman la existencia de una actividad literaria y cultural paralela a la de la capital aragonesa en Huesca, Calatayud y Teruel⁴⁴.

⁴¹ Cf. «Utopía industrial y realidad agraria al término de la primera guerra carlista (1840-1845)», en Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE y Carlos FORCADELL ÁLVAREZ, *Aragón contemporáneo*, Zaragoza, Guara, 1986, p. 27.

⁴² También para Jerónimo BORAQ será la locomotora la mejor propagandista del progreso regional, como puede comprobarse en poemas como «El Vapor» (*Poesías*, Zaragoza, Tipografía de Calixto Ariño, 1869, pp. 59-63).

⁴³ Carlos FORCADELL, *art. cit.*, p. 28 y sigs.

⁴⁴ Desde una perspectiva nacional, cf. Leonardo ROMERO TOBAR, «Emigración, cultura provincial, vida cotidiana», en *Panorama del romanticismo español cit.*, pp. 116-119.

La misma emblemática revista del romanticismo aragonés, la zaragozana *La Aurora* (1839-1841), reflejaba en el simbolismo de su título ese espezanzado anhelo de despertar a la mañana del progreso. En realidad, se trataba de una revista, no meramente literaria, sino «científico-literaria», y así se hacía constar en su cabecera. Según ha indicado José-Carlos Mainer, la llamada del foro y de la cátedra era bien elocuente a la hora de ubicar socialmente a sus jóvenes redactores, entre los que se encontraban jóvenes abogados, como el oscense Bartolomé Martínez⁴⁵; militares, como el murciano Juan Guillén Buzarán⁴⁶; políticos profesionales, como Mariano Gil y Alcayde; y profesores universitarios, como lo eran en diversos grados Jerónimo Borao, Braulio Foz y Ponciano Alberola. También estuvieron próximos a este núcleo el abogado Miguel Agustín Príncipe, el dramaturgo José María Huici, Ponzano, Tomás Chic y algún escritor accidental como Nicolás Sicilia, colaborador en otras revistas nacionales del momento, y cabe suponer que no anduviesen muy lejos de esta aventura Manuel Lasala (n. en 1805), Franco y López (nacido en 1818), el banquero Juan Bruil (nacido en 1810) y otros nombres que, como Víctor Pruneda (El Ferrol, 1809-Teruel, 1882), fundador y director del diario turolense *El Centinela de Aragón* en su primera época (1840-1843), pertenecen a una generación —la de Borao— que, como ha señalado Juan José Gil Cremades, «alza la bandera *esparterista*, la matiza en el *bienio progresista*, la reconduce a la *gloriosa* o —que de todo hay— se mueve con entusiasmo dentro de la disidencia *demócrata* o *republicana*»⁴⁷.

Es también muy significativo que los intereses de este grupo apuntaran hacia una *regeneración* y hacia una *divulgación* de la cultura. La primera revista romántica de la región estaba vinculada al Liceo Artístico y Literario de Zaragoza, nacido en 1840 —a imagen y semejanza de la institución madrileña del mismo nombre—, y en el contexto de otras fundaciones similares constituidas en Huesca y Calatayud, a las que *La Aurora* y el *Eco de Aragón* de Braulio Foz sirvieron de plataforma publicística. También las actividades y, especialmente, las veladas liceísticas (promovidas por particulares, con canto, música de cámara o lecturas poéticas), e incluso la misma organización en secciones (Bellas Artes, Música, Literatura y Declamación) constituían un fiel reflejo de las del Liceo madrileño. Todas ellas respondían a un consecuente ejercicio de liberalismo —significativamente era el Jefe Político de la Provincia Rafael de Oviedo y Portal, uno de sus

⁴⁵ Según Juan Carlos ARA, los liceístas oscenses tomaron al asalto tanto el *Eco* de Braulio Foz como esta auroral publicación zaragozana; cf. «Jóvenes, oscenses y liberales. El Liceo Artístico y Literario de Huesca (1840-1845). I. Primeros pasos» (en prensa en el núm. 22 de *La Campana de Huesca*).

⁴⁶ Cf. E. VARELA HERVIAS, *Don Juan Guillén Buzarán, escritor murciano*, Murcia, Sucesores de Nogués, 1959. Agradezco a Juan Carlos Ara la amabilidad de haberme proporcionado una fotocopia de este estudio.

⁴⁷ «Braulio Foz, tratadista de 'Derecho Natural'», en *Homenaje a Braulio Foz* cit., p. 90.

más convencidos avalistas—, y estaban inspiradas por «una cierta voluntad de encauzar la dispersión de las actividades artísticas —*lato sensu*— en estos años y, en definitiva, por un empeño patriótico de progreso»⁴⁸. Un año antes, un grupo de abogados, militares, profesores y comerciantes oscenses del mismo talante progresista e ilustrado había fundado el Liceo Artístico y Literario de Huesca, alentado, al menos en parte, «por el influjo, modelo y noticias directas de la *sucursal romántica* oscense en Madrid»⁴⁹ y, por lo tanto, fiel a su modelo de corporativismo⁵⁰. Más tardío en su aparición, el de Calatayud respondía al mismo espíritu que los anteriores⁵¹, heredado de las Reales Sociedades de Amigos del País y de las tertulias y sociedades patrióticas del Trienio, y fruto del fervor asociativo ambiental, atento a canalizar los impulsos nacionalistas y regionalistas de los jóvenes burgueses provincianos⁵².

En esta línea se inscribe también, en 1840, la apertura del *Gabinete de Lectura Pública* de Zaragoza, el cual, como se leía en el *Eco de Aragón*, había sido fundado por una reunión de amigos amantes de la Constitución —entre los que se encontraban Foz, Borao y otros liceístas—, con los elevados propósitos de «instruir, uniformar y generalizar la opinión Constitucional y vigilar por la más estricta observancia de la Constitución». Por ello exigía al aspirante a socio acreditar «la calidad de español honrado, adicto a las instituciones liberales»⁵³.

⁴⁸ José Ángel SÁNCHEZ IBÁÑEZ, «El Liceo Artístico y Literario de Zaragoza en la prensa local (1839-1846)», en María Ángeles NAVAL (coord.), *op. cit.*, p. 86.

⁴⁹ «Compuesta por Mariano Torrente, Valentín Cardedera y Alejandro Oliván y, por qué no, por los duques de Villahermosa, en cuyo salón de baile de su palacio se celebrarían tantas y tantas sesiones del Liceo madrileño desde el 3 de enero de 1839» (Juan Carlos ARA TORRALBA, *art. cit.*).

⁵⁰ José Ángel SÁNCHEZ IBÁÑEZ reproduce íntegramente el *Proyecto de reglamento* del Liceo oscense, el cual vio la luz en el núm. 15 de *La Aurora* (12-iv-1840). Lo firmaban Pascual Gonzalvo, Pedro María Escudero, Jorge Sichar, Mariano Lasala, Bartolomé Martínez, Manuel Villanova y Martínez, Manuel Guillén, Manuel María García, Raimundo Larruga, Antonio Naya, Rafael Fortuño de Gregorio, Pablo María de Ena, Mariano Escudero, Florencio Romero, Hermenegildo Gorriá, Lorenzo Escudero, Manuel Garcés, Agustín Escuer, Julián Pérez y Muro, Francisco Esteban, José Acha y Doménech, Mariano Valls, Ramón Alamán, Juan Francisco Sancho, Vicente Ventura, Joaquín Zaidín, Luis de Antonio y José Salas y Azara. (Cf. el apéndice documental de su estudio «En torno a los Liceos Artísticos y Literarios. Apuntes sobre el caso de Huesca entre 1839 y 1843», *Flumen*, 2 (1997), pp. 154-155). Tanto Sánchez como Ara reproducen la composición de la Junta Gubernativa, para cuya presidencia fue elegido Tomás Villanova. Los miembros eran Pedro Perena (vicepresidente), Blas María Naya y Faustino Español (consiliarios), Ambrosio Voto Nasarre y Mariano de Lasala y Larruga (secretarios), Nicolás Pedrós (depositario), Mariano Castanera (contador) y Pedro María Escudero (bibliotecario).

⁵¹ Cf. José Ángel SÁNCHEZ IBÁÑEZ, «Unas notas sobre el Liceo Artístico y Literario de Calatayud en la prensa zaragozana (*El Eco de Aragón*)», en *III Encuentro de Estudios Bilbilitanos*, Calatayud, Centro de Estudios Bilbilitanos-Institución «Fernando el Católico», 1992, II, pp. 447-452.

⁵² Remito a los documentados trabajos de Juan Carlos ARA y José Ángel SÁNCHEZ, quienes ofrecen también una precisa bibliografía sobre el fenómeno liceístico en España.

⁵³ José Ángel SÁNCHEZ, *ibid.*, p. 86, n. 9.

Pero fue precisamente a partir de la caída de Espartero cuando empezaron a declinar estas instituciones románticas provinciales. El abandono de Braulio Foz de la dirección del *Eco de Aragón* en los días finales de diciembre de 1842 es todo un síntoma de que nuestros románticos enfriaron o replegaron velas ante el comienzo de la década moderada. El Liceo fue languideciendo hasta 1846 sin recuperar el tono de actividad de sus primeros años de vida y, tres años antes, el *Gabinete de Lectura* ya había sorteado sus fondos y su mobiliario entre los suscriptores. En este sentido, la aparición de *El Suspiro* —en 1845— y de *El Progreso* —a partir de 1846—, así como la fundación por esas fechas de otras instituciones liceísticas en Teruel y en algunos pueblos aragoneses demostraban una vitalidad engañosa. Sólo las inercias y los mimetismos propios de un localismo todavía más subsidiario explican estas efímeras continuidades de un momento romántico que, si comenzó simbólicamente con la coronación de Miguel Agustín Príncipe, quedó clausurado en 1843 con la caída de Espartero⁵⁴.

Por lo tanto, podemos adelantar ya, a modo de avance de las conclusiones finales, que la primera de las realidades del romanticismo literario de los hombres de *La Aurora* es la de constituir un momento de liberalismo político empeñado en sentar las bases del progreso nacional y regional.

Quiere esto decir que los escritores que se dieron a conocer en esa pequeña eclosión romántica estuvieron mucho más atentos a la lucha por las libertades y al progreso económico derivado de ellas, que a la creación puramente literaria⁵⁵.

Vida y poesía

Y no es que les faltaran estímulos vitales para escribir románticamente, ya que los románticos aragoneses estaban viviendo todas las experiencias revolucionarias ciudadanas. En este sentido, nada resulta tan ilustrativo como la apoteósica coronación de Miguel Agustín Príncipe en las tablas del coliseo zaragozano. Sucedió en la noche del 20 de enero de 1839, en una Zaragoza progresista, exaltada y con el ritmo cardíaco todavía desacompasado por la Cincomarzada. Según los testimonios de la época, «par-

⁵⁴ Cf. los trabajos de José-Carlos MAINER y los de José Ángel SÁNCHEZ y Juan Carlos ARA que vengo citando.

⁵⁵ Tampoco la actividad teatral conocida escapa a esta tónica general. En este sentido, me temo que este juicio de conjunto no se verá sustancialmente modificado cuando aparezca publicada la tesis de licenciatura de Manuela AGUDO CATALÁN, *El Romanticismo en Aragón. Revisión bibliográfica y estado de la cuestión*, leída recientemente en la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza, y cuyos tres volúmenes abordan fundamentalmente el teatro romántico regional.

te de sus habitantes garantizaba la tranquilidad de los demás contra todos los embates y ardidés que pudieran tener sus enemigos, mientras la otra daba una prueba insigne de sensibilidad y de cultura coronando en la escena a un poeta dramático, primer ejemplo de esta clase en la escena española». *El Conde don Julián* se había estrenado con éxito el 18 de diciembre del año anterior, pero aquella noche fue el delirio. En otro lugar he referido cómo un grupo de espectadores fue a buscar al dramaturgo alcañizano, ya que se hallaba convaleciente de una gravísima enfermedad:

Quando el joven se presentó, ataviado con su uniforme de miliciano nacional de artillería, el público se desbordó y exigió, enfervorizado, que Florinda y Egilona coronasen a su creador en escena con oro y laurel. Príncipe leyó con la voz entrecortada por la emoción un poema de agradecimiento, improvisado «sobre la marcha» tras los bastidores. Fue el final apoteósico de «la función más grande que nadie había presenciado jamás»⁵⁶.

Dada la escasa repercusión que los zaragozanos pocos meses antes había tenido el fugaz paso del *Don Alvaro* del Duque de Rivas por la cartelera zaragozana, puede considerarse la coronación de Miguel Agustín Príncipe como el acto inaugural del romanticismo en Aragón. El joven dramaturgo se convertía en portavoz de los heroísmos ciudadanos y de las inquietudes por la traición y la pérdida de Zaragoza que los zaragozanos tan bien veían escenificados en *El Conde don Julián*. La asunción del romanticismo *prometía ser*, pues, cuando menos, *beligerante* y *catártica*, dadas las muchas tensiones emocionales que estaba viviendo la ciudad. ¿Ocurriría así, en realidad?

No menos intensa era la experiencia vital del *senior* Braulio Foz (nacido en 1791, era ya un cincuentón, aunque eternamente joven, cuando arrimó su hombro al colectivo regenerador de *La Aurora*). Detrás quedaban sus días de lucha contra Napoleón, su deportación a Francia entre 1810 y 1814, sus panfletos antiabsolutistas del Trienio y toda una vida de exilios, cárceles y persecuciones, de los que no llegaría a reponerse a su regreso: debido a lo incómodo de su personalidad y de su periódico, su vida en los primeros y conflictivos años de la Regencia de María Cristina estará zaramdeada por numerosas citaciones judiciales, sufrirá seis meses de reclusión en la Aljafería e incluso un nuevo proceso en 1848, con la amenaza de destierro a las Filipinas. Y uno de los más jóvenes, Jerónimo Borao, había nacido en 1821 y tenía, por lo tanto, menos vivencias revolucionarias en su haber. Con todo, los años juveniles de este liberal progresista coincidían con el turbulento ambiente político que estaba viviendo la ciudad. Fue ferviente esparterista en los años de *La Aurora*, pasó por la cárcel en 1848 y

⁵⁶ Cf. mi artículo «La coronación de Miguel Agustín Príncipe», *Heraldo de Aragón*, 3-VII-1983. También Santiago ALDEA GIMENO y Alberto SERRANO DOLADER, *Miguel Agustín Príncipe. Escritor y periodista (1811-1863)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1989, p. 103 y sigs.

participó en los acontecimientos revolucionarios de 1854 —que narró en su *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854* (1855)—⁵⁷.

Estos casos son representativos de un conjunto de *biografías marcadas*: las de unos hombres que habían vivido o almacenado en la memoria las gestas de un pueblo en armas. Luego serían sus propias experiencias del Trienio, de la guerra carlista y de los acontecimientos revolucionarios posteriores los que les harían receptivos a una literatura que orientara a la colectividad y diera rienda suelta a las tensiones que estaban viviendo.

Sin embargo, en lo que a la creación literaria respecta, si ya es bastante discutible detectar la existencia de una «revolución romántica» en España, todavía lo es más referida a unos románticos aragoneses que hubieran contestado afirmativamente a la pregunta que se hacía Van Tieghen en su viejo manual: «¿No hubiera sido suficiente prolongar la evolución de los espíritus y del arte de las últimas décadas del siglo XVIII —que él llamaba prerrománticas— para obtener los mismos resultados?»⁵⁸.

En realidad, y pese a que sus gustos y sus respectivas escrituras estaban ya irreversiblemente contagiados por unas vivencias comunes, nuestros poetas no se manifestaron demasiado exigentes en cuanto a rupturas violentas con el pasado estético más reciente en el que habían ahormado sus gustos⁵⁹. Por otra parte, aunque en el año en que se coronó a Miguel Agustín Príncipe vio la luz *La Aurora*, tanto las muestras líricas de esta empresa colectiva, como las menos olvidables entregas en volumen de su estro cívico y sentimental, demostraban —como estaba sucediendo, por otra parte, en el resto de España—, que a esas alturas del siglo resultaba ya difícil comulgar con los postulados victorhuguescos —franceses para más *inri*— sin padecer una irreversible esquizofrenia intelectual, dado que la fe en el progreso y en el bienestar material comenzaba a lastrar, cada vez más fuerza, esos parentorios idealismos del espíritu.

⁵⁷ No he podido consultar personalmente *Un Viage a las Islas Canarias, por... VÍCTOR PRUNEDA, confinado a ellas por seis años en el de 1845*, Teruel, Impr. de Arsenio Zarzoso y Cía., 1848, en cuyas páginas finales, el fundador y director de *El Centinela de Aragón* se define como «constantemente anarquista, revolucionario y alborotador de oficio... He sido siempre, lo soy ahora, y creo lo será siempre, un verdadero *descamisado*». Pruneda sería, pues, otro de los que, como Foz o Borao, también sufrieron, ya en su madurez, las represalias por su ideología progresista.

⁵⁸ Paul VAN TIEGHEN, *El romanticismo en la literatura europea*, México, UTEHA, 1958, p. 89.

⁵⁹ Caso representativo en extremo es el del ya mencionado Puicercús, quien hizo compatible la estricta observancia de las reglas neoclásicas con la composición de décimas a la Constitución del 37 o de un «Himno patriótico» para la Milicia Nacional de Boltaña (reproducido en la breve noticia anónima [si bien su autor es Manuel LÓPEZ DUESO] «Ocios poéticos: un poeta boltañés del siglo XIX», Programa *Fiestas de la Convivencia 1992*, Boltaña, 1992, s. p.).

Hay que hablar, por lo tanto, en el mejor de los casos, de una poesía patriótica de circunstancias, como la que aparecía en las páginas de la prensa celebrando el cinco de marzo. Si, como han demostrado L. Perro-ne-Moisés y Emir Rodríguez Monegal, hasta la poesía del mismísimo Conde de Lautréamont mostró visibles influencias de la poética de Her-mosilla, ¿cómo podía ser de otro modo en los casos de unos profesores —doblados, para colmo, en preceptistas, como Braulio Foz, nacido, no se olvide, en 1791—, o incluso del más joven Jerónimo Borao?⁶⁰ Todo lo más que cabía esperar de ellos —lo ha señalado Paul Benichou de modo más general—, era que siguieran aplicando una retórica tradicion-al, aunque ésta quedara contaminada por sus entusiasmos militantes. Aunque esto será bien poca cosa a medida que el apostolado de las luces vaya perdiendo parte de su fervor y de sus expectativas, y se vuelque cada vez más al horizonte político inmediato⁶¹.

No habían olvidado del todo la *Poética* de Luzán, y su producción lite-raria quedaría simbólicamente enmarcada entre dos poéticas de contención que les servían de recordatorio y de síntesis retrospectiva: en 1839 había aparecido la de Rafael José Crespo y en 1859, la de Braulio Foz⁶². Por otra parte, tardaría todavía en llegar la profesionalización del escri-tor —quizá sólo con Bécquer pueda hablarse por primera vez de ella en nuestra literatura—⁶³. Por eso nuestros románticos tenían mucho de «hombres de letras» del siglo XVIII, y la actividad poética —y, en gene-ral, la literaria— era un aspecto más, en cierto modo, *complementario*, de sus ocupaciones (que como se ha dicho, eran principalmente la cátedra y el foro).

No descollaron, por lo tanto, por su genialidad poética, y no es difícil predecir que el profesor Jean Louis Picoche —tan ansioso por descubrir individualidades descollantes en el romanticismo español—, no lograría

⁶⁰ «Isidore Ducasse et la rhétorique espagnole» *Poétique*, 55 (1983), pp. 351-377.

⁶¹ Paul BENICHO, *Le sacré de l'écrivain 1750-1830. Essai sur l'avènement d'un pouvoir spiri-tuel laïque dans la France moderne*, París, I. Corti, 1985, p. 321.

⁶² *Novísima Poética Española, poema satírico en XII cantos. Por e. A. d. S.*, Zaragoza, Impren-ta y Librería de R. Gallifa, 1859, aunque Foz declara tenerla ya compuesta en 1844. Remito de nuevo al ya citado artículo de Leonardo ROMERO TOBAR, «La poética de Braulio Foz en el marco de la preceptiva literaria contemporánea». Más lejos cronológicamente quedaban las también manuscritas lecciones de *Literatura General y Española* impartidas durante el curso 1868-1869 por Jerónimo BORA O (ROMERO TOBAR, *art. cit.*, p. 113), quien en 1856 había publicado unos rudimentos de preceptiva literaria en colaboración con Leandro BONED, *El Parnaso infantil*, como volumen V de *El Tesoro de la Infancia* (cf. Jerónimo BORA O, *La impren-ta en Zaragoza*. Edición facsimilar a cargo de Vicente MARTÍNEZ TEJERO, Zaragoza, IberCaja, 1995, pp. XVI-XVII).

⁶³ Cf. Leonardo ROMERO TOBAR, «En los orígenes de la bohemia: Bécquer, Pedro Sánchez y la revolución de 1854», en Pedro M. PIÑERO y Rogelio REYES (eds.), *Bohemia y Literatura. De Bécquer al Modernismo*, Sevilla, Universidad, 1993, pp. 27-49.

encontrar ni tan sólo una entre el núcleo de *La Aurora*. En este sentido, Goya, el genio romántico por excelencia para Picoche, apenas tuvo resonancias en la creación literaria provinciana, si se exceptúa el ya mencionado poema «Estragos de la guerra», con el que su amigo Mor de Fuentes le homenajeó en *Las Estaciones*.

Tampoco disfrutaron de popularidad nacional. Ni siquiera Miguel Agustín Príncipe figuró en el famoso cuadro de familia de *Los poetas contemporáneos* pintado por Esquivel. Si en 1845 fue incluido por los redactores de *El Cínife* entre los soldados del regimiento literario (por cierto que con el no desdeñable grado de teniente, el mismo que concedieron a Campoamor, Mesonero Romanos, Juan Arolas, Ventura de la Vega y al Duque de Frías)⁶⁴, ello se debió a que el dramaturgo caspolino llevaba cinco años establecido en Madrid, corroborando así los lamentos de *La Aurora* sobre el hecho de que todo jovencuelo con ambiciones literarias perdía hasta la cabeza por que sus libros llevaran el pie de imprenta de la capital del triunfo literario (con todo, Príncipe fue mucho más afortunado que el resto de nuestros vates, incluso que el coronel Guillén Buzarán, a quien *El Cínife* despojó de sus galones para reducirlo a soldado raso)⁶⁵.

Los que se fueron a Madrid. La ingeniosa versatilidad de Príncipe

La aventura madrileña de Miguel Agustín Príncipe comenzó en 1840. Quien había realizado sus estudios de Derecho beneficiado por el estatuto de *pobre*, se aferró inicialmente al periodismo para sobrellevar sus penurias de «poetambre» en la capital del éxito literario⁶⁶. Pero el periodismo no sólo constituyó inicialmente su principal modo de subsistencia. Fue además el medio de dar a conocer sus novelas y, en definitiva, dotó a su escritura de una *vis* cómica viva e ingeniosa, si bien no exenta de superficialidad. La venía ejercitando diariamente en revistas como *El Burro*, *Anfión matritense*, *El Cínife*, *El Dómine Lucas*, *El Entreacto*, *El Español*, *La Esperanza*, *La Iberia*, *El Iris*, *La Risa* y otros muchos diarios y revistas madrileños, en

⁶⁴ Santiago ALDEA GIMENO y Alberto SERRANO DOLADER, *op. cit.*, p. 29.

⁶⁵ E. VARELA HERVIAS, *op. cit.*, p. 7.

⁶⁶ Algo de pose mitificadora puede haber en las continuas alusiones a sus insufribles penalidades, aunque, como ha señalado Leonardo ROMERO, las logró sobrellevar mediante el desempeño de distintos puestos en la administración isabelina («Plano para leer a Miguel Agustín Príncipe», *Andalán*, 463 (1986), p. 16).

artículos y sobre todo en poemas breves, de bromas y veras joco-festivas sobre usos y costumbres de la cotidianidad⁶⁷.

Buena parte de esta ligereza y prontitud de cascos líricos del caspolino quedó plasmada en sus significativamente tituladas *Poesías ligeras, Festivas y Satíricas*⁶⁸, donde recopiló un centón de agudas menudencias satíricas y epigramáticas que, para el *Semanario Pintoresco*, suponían la resurrección de Quevedo y de Iglesias de la Casa. Menor interés que estas travesuras satíricas —que lo tienen, desde las «sátiras políticas» y «costumbristas» a las «literarias», las cuales, por su intento de clarificación del panorama literario, reflejan una de las constantes preocupaciones de Príncipe a lo largo de toda su obra— posee la sección titulada «Juguetes». Coincido, por lo tanto, con los estudiosos del vate caspolino a la hora de considerar unas y otros como deudoras de una musa dieciochesca, mariposeando en cuadritos rocócó y atrevimientos de diarista.

Un sensible avance estético supone su segunda recopilación, titulada *Poesías serias*, también de 1840. Entre ellas destacan varios himnos y odas cívicos y patrióticos; así, «A Zaragoza», «El Dos de Mayo», «El 5 de marzo de 1838», «A la Diputación de Zaragoza», etc... Tanto éstas, como otras que también exhuman vivencias o reviven recuerdos de sus últimos años zaragozanos de miliciano, liceísta y devoto del *bel canto*, representan los registros más románticos de un poeta que —aunque, emulando el oportunismo de Zorrilla, leyó un poema en el entierro de Espronceda— reconoce, sin embargo, a Quintana como su único mentor y ocupa la tercera parte de las páginas de su libro con el extensísimo poema épico titulado *El Pelayo*.

Pero, como escribió Leonardo Romero Tobar, es necesario un «plano» para orientarse en las equívocas direcciones de la poesía de Príncipe, epigonal, como el resto de su escritura⁶⁹. Porque, el anticlerical de sus primeras sátiras y epigramas y el romántico de 1840, publicaba cuatro años más tarde un *Ejercicio Cotidiano y Novísimo Devocionario* para que su mujer recitase en verso las oraciones de cada día. Su poesía posterior —de la que, al parecer, vieron la luz en 1952 una edición mejicana, y una nueva recopilación y una nueva entrega en Madrid, seis años más tarde— muestra a un «poeta de álbum» que, por otra parte, en sus *Fábulas en verso castellano y en variedad de metros*, aparecidas en 1861 y 1862, no renuncia a seguir explotando sus talentos ingeniosos ni, desde luego, su reputada capacidad como versificador.

⁶⁷ Para una visión global de la obra de este ilustre caspolino, cf. el citado estudio de Santiago ALDEA GIMENO y Alberto SERRANO DOLADER.

⁶⁸ Madrid, Imprenta de Boix, 1840.

⁶⁹ «Plano para leer a Miguel Agustín Príncipe» cit., p. 16.

Sería obligado detenerse en esta colección de *Fábulas*, que añaden a la preocupación nemotécnica de Iriarte un discurso poético llamativamente visual. Esta entidad vanguardista *avant la lettre* —aunque, en realidad, obedezca a una nueva inercia de su familiaridad con los clásicos—, basta por sí sola para concederle ese lugar que todavía no ocupa, no sólo en la tradición fabulística española, sino entre los antecedentes más preclaros de una poesía visual que también tuvo su cultivo entre los románticos⁷⁰.

El Príncipe periodista y el Príncipe crítico y teórico de la Literatura constituyen facetas no menos sugestivas del escritor caspolino. En este sentido, se desconoce el paradero de un *Diccionario poético* —que publicó en Madrid en 1852— y, pese a lo somero de esta exposición, no puedo dejar de mencionar su extenso *Tratado de Versificación Castellana*, la más señera aportación al tema hasta la aparición de la *Métrica española* de Tomás Navarro Tomás, con la que coincide sustancialmente (como reconocería más tarde Navarro Tomás, quien, sin embargo, ignoraba la existencia del *Arte Métrica* del caspolino cuando escribió su manual). Pero Príncipe no redujo sólo sus preocupaciones al estudio de la métrica. Con ser su aportación en este sentido valiosísima, el capítulo «Teoría y crítica literaria» del mencionado estudio de Aldea y Serrano demuestra su interés por todo lo relacionado con el hecho literario, desde la sociología, hasta la función de la crítica, a la que también contribuyó con numerosos artículos.

Bono, un vate errante y conmemorativo

También salió de su tierra, aunque más tempranamente que Príncipe, otro turolense, Gaspar Bono Serrano, nacido en Alcañiz en 1806. La futura monografía que algún día tiene que escribirse sobre este clérigo alcañizano poseerá, sin duda, el atractivo adicional de su biografía y de sus relaciones literarias. Bono estudió teología y humanidades en Valencia en compañía de Juan Arolas, Estanislao de Kostka Vayo y otros románticos en ciernes, y con ellos fundó la «Academia de Apolo». Por otra parte, también residía en Valencia Juan Nicasio Gallego, quien, al decir de Ovílo, le ayudó no poco en estos primeros pasos estudiantiles y literarios. Ordenado sacerdote en 1830, regresó a Alcañiz, donde entabló una fruc-

⁷⁰ Cf., por ejemplo, Rafael DE CÓZAR, *Poesía e imagen. Formas difíciles del ingenio literario*, Sevilla, Alfar, 1991.

Cf. ahora la tesis doctoral de Antonio CARVAJAL *De métrica expresiva frente a métrica mecánica (ensayo de aplicación de las teorías de Miguel Agustín Príncipe)*, Universidad de Granada, 1995, citada por José Ángel SÁNCHEZ IBÁÑEZ en su «Bibliografía» del poeta, *Poesía en el Campus*, 34 (1996), p. 46.

tífera amistad con el ya anciano Mor de Fuentes, quien vivía retirado en Monzón⁷¹. Pocos años más tarde, Bono se enroló como capellán militar en la guerra carlista. Allí conoció al coronel de Estado Mayor Juan Guillén Buzarán, con quien trabó una íntima amistad que duraría toda la vida. Dado que Guillén Buzarán sería pocos años después uno de los más significados redactores de *La Aurora*, cabe suponer la presencia o, al menos, la participación del alcañizano en las actividades de la pléyade romántica del Ebro. Por último, sus traslados posteriores lo relacionarían de nuevo con Juan Nicasio Gallego y con otros que —como Quintana, Alberto Lista o el Duque de Frías— compartieron con él su amistad y sus gustos literarios y alabaron sus versos.

De Bono se conoce una tardía *Miscelánea religiosa, política y literaria*⁷², pero publicó poesías en el *Diario* de Valencia desde sus años juveniles —que, a veces, por su extensión, se imprimieron en tirada aparte—, y al menos en media docena de periódicos y revistas (entre ellos, el *Semanario Pintoresco* y la *Revista de Letras y Artes* de Sevilla). En 1850 reunió en un volumen de 400 páginas casi todos sus versos publicados hasta entonces. Tampoco olvidó la temática aragonesa, que cultivó en 1844 con un *Canto sagrado* en 100 octavas dirigido a la Virgen del Pilar. Los círculos literarios en que se movía y las traducciones que realizó (Florian, Gresset, Boileau, junto con Lamartine), ilustran las coordenadas estéticas que inspiraron una copiosa producción, siempre proclive a lo circunstancial patriótico y conmemorativo⁷³.

⁷¹ «El anciano escritor abrazó cariñosamente al poeta novel, dándole a conocer sus obras. Veinticinco años después, el imitador de Thompson y de Saint Lambert, después de haber recibido en Francia y Alemania vivas muestras de admiración y respeto por sus talentos y virtudes, expiraba en su pueblo natal a la edad de 86 años, víctima del infortunio y la pobreza; y Bono Serrano publicaba en la *Revista Literaria* de Sevilla un interesante y extenso artículo necrológico a la memoria del vate del Cinca, merecedor en verdad de mejor suerte» (Manuel OVILO Y OTERO, *Escenas Contemporáneas*, Madrid, Establec. Tip. de D. A. Vicente, 1859, II, pp. 57-82).

⁷² Madrid, Aguado e Hijo, 1870.

⁷³ Gran parte de esta copiosa obra publicada puede consultarse en la Biblioteca Nacional. Allí se encuentra más de una veintena de opúsculos (odas, conmemoraciones, elegías a las desgracias familiares de los miembros de la familia real, cordiales epístolas a sus amigos...), en los que Bono prodigó generosamente la sociabilidad de su lira. Los más tempranos son los titulados: *A D. Juan López Pelegrín en la muerte de Abenámbar*, Guadalajara, Impr. de P. M. Ruiz y Hno., 1845; *A la coronación del... Señor D. Manuel Quintana. Oda*, Madrid, Impr. de Eusebio Aguado, 1855; *A la muerte del poeta Jesús Rodríguez Caso*, Madrid, Vda. de Aguado, 1868; *A las victorias contra Marruecos. Oda*, Madrid, 1860, y *A los baños de Trillo. Oda*, Madrid, 1862.

Los que se quedaron en Aragón

Muchas lagunas tienen todavía que cubrirse para desempolvar definitivamente la discreta taracea de los distintos romanticismos provinciales. En cualquier caso, no parece probable que aparezcan «recuperaciones» cuya envergadura poética haya revestido una significación relevante, incluso dentro del panorama regional. Si no existió una «Joven España» equivalente a la «Joven Alemania» de Heine, Marx o Wagner —por más que Larra se refiriera en alguna ocasión a ella—, ni siquiera he podido detectar otra «juventud airada» llamada despectivamente «romántica» que la que hizo un provocador pasillo a los pacíficos fieles que salían de la misa de doce en el Pilar y, en este caso, el episodio, más que de gesto romántico, creo que puede considerarse como una inocente gamberrada. Otra utilización de la palabra —la transcrita por Horno Liria del *Diario Constitucional de Zaragoza* del 8-v-1837—, tampoco parece responder a otra intención que la de satirizar las nuevas modas sociológicas del día, dado que alude a la nueva costumbre femenina de besarse reiterada e injustificadamente en los encuentros y despedidas de las reuniones sociales⁷⁴. Más afinado conceptualmente anduvo en 1849 Jerónimo Borao, al hablar del efímero «anarquismo romántico», propio de una Zaragoza políticamente «anarquista», como en 1840 la había definido con orgullo Mariano Gil y Alcaide ante la reina Cristina...⁷⁵. Con todo, si existió un romanticismo sociológico, no parece que éste fuera mucho más allá del que denomino *Decálogo del hombre del siglo*. A saber:

1. No haber asesinado a nadie;
2. No deber un cuarto a sus vecinos;
3. Ir a misa los domingos y días festivos;
4. Tener al menos un hijo al año;
5. Recogerse antes de las diez;
6. Comer la carne bien asada, el melón para postre y la ensalada para entrada;
7. Calzar botas de punta cuadrada y de tacón ancho;
8. Gastar guante negro con ribete encarnado;
9. Estar suscrito al *Semanario Pintoresco* y al *Diario Mercantil*;
10. Y, por supuesto, embriagarse diariamente en la fuente de delicias teatrales («Te perseguirán todas las visiones fantásticas que pueden acosar a un hombre que se acostaría sobre su lado izquierdo des-

⁷⁴ «Zaragoza en 1837», en *Ensayos Aragoneses*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1979, pp. 117-118.

⁷⁵ Mariano GIL Y ALCAYDE, *Descripción de los obsequios hechos a sus Majestades y Altezas en la Muy Noble, Muy Leal y Siempre Heroica Ciudad de Zaragoza durante su permanencia en la misma*, Zaragoza, Imprenta de Peiró, 1840, p. 6. Tomo la cita de José-Carlos MAINER, «El romanticismo en Aragón» cit., p. 136, n. 10.

pués de un banquete diplomático. Te quedarás como Montesinos en su cueva, hasta que la mano caritativa de un apagador de luces, galvanizando tus hombros, te ponga en contacto con el aire atmosférico de la calle)⁷⁶.

Los románticos que permanecieron en Aragón no se privaron del placer de hacer crujir las prensas provincianas, si bien con poca fortuna en cuanto a resonancia nacional⁷⁷. En el caso de Jerónimo Borao, sus pocas ambiciones literarias quedaban patentes en su producción dramática⁷⁸. En cuanto a su obra poética —que reunió en sus *Poesías* de 1869—, el propio Borao confiesa haber escrito sus versos juveniles al dictado de la espontaneidad —se refería indudablemente a los dedicados a las gestas heroicas locales—. El conocimiento reflexivo del género vino después, «con la edad y los estudios». No obstante, el tres veces Rector de la Universidad zaragozana reconocía publicar a instancias de sus amigos una producción poética que siempre fue circunstancial, como hija de quien, ocupado por trabajos didácticos, sólo pudo dedicarle «escasos ocios...»:

...salvo cuando algún empeño de circunstancias o alguna porfía de mis amigos me ha puesto en las manos la lira, para que sacara de ella las débiles melodías de que era capaz mi estro poético.

(...)

Unas veces por encargo, otras por gusto, mis poesías, aunque escritas a largos trechos, han llegado a ser numerosas al cabo de treinta años, y en cuanto a su publicidad, unas no la han tenido y yacen en mi cartera o en los «Albums» (*sic*) que me las han reclamado, otras la han tenido, sí, pero en diversos y heterogéneos periódicos de toda España, o en colecciones españolas y aun extranjeras⁷⁹.

Y, en efecto. En la primera de las cuatro secciones del libro, la titulada «Patria y Religión», se respira todavía un cierto aire dieciochesco, en la medida de que el patriota ilustrado que apela a la virtud, a la ciencia, a la razón y a la libertad, se da la mano con el romántico que canta las excelencias de la recién inaugurada línea ferroviaria Madrid-Zaragoza; o cuando los elogios a Covadonga, Pelayo, Lanuza o Azara, pulsan registros semejantes a los cantos a la libertad, a la Virgen del Pilar o a la Cincomarzada.

⁷⁶ Sintetizo literalmente, aunque no en su disposición discursiva, el «Folletín anónimo» remitido al *Eco de Aragón* el 23 de diciembre de 1840.

⁷⁷ Caso extremo de estas limitaciones periféricas, ni siquiera la *Vida de Pedro Saputo* (1844), del hombre universal que fue D. Braulio, apenas se tuvo en cuenta en el ámbito regional en el que apareció.

⁷⁸ Una reciente relación de sus obras se encuentra en el «Liminar» de Vicente MARTÍNEZ TEJERO a su citada edición de *La imprenta en Zaragoza* (pp. XXV-XXVIII).

⁷⁹ *Poesías* cit., pp. 6-7. A esos encargos puede responder el extenso poema *Al Santuario de la Misericordia. Saludo poético* (1875).

Con todo, la sección titulada «Amistad y amor» es, junto con la anterior, la que más se acerca a los gustos románticos (por ejemplo, en *Romance morisco, La poetisa y el poeta, El amor de una mora, El peregrino, el caballero y el trovador*—traducido de Maffey— y en algunas baladas). Estaban escritas en los años en que el futuro rector confiesa haberse dejado arrastrar por una dulce sensibilidad que le mantenía en relación con el arte «en cierta feliz infancia» en que se entusiasma con las *Orientales* y las *Hojas de Otoño* de Víctor Hugo⁸⁰. En cambio, las ya aludidas concesiones a lo circunstancial cierran esta segunda sección (con poemas a la madre y al ángel custodio, hojas de álbum, serenatas y amores tiernos y delicados), y dotan a las dos siguientes de un inconfundible aire de frivolidad (en la tercera, «Himnos y flores», se inspira en inauguraciones, en la infancia y en las artes; en la cuarta, titulada «Risas y juegos», traduce epigramas de Marcial e incluye otros de su propia cosecha, junto con fábulas, poesías galantes, «primeros» y el romance humorístico *Juegos de ingenio*).

José María Huici es otro de los que se quedaron, aunque no pudo resistir la tentación de probar fortuna, al parecer con cierto éxito, en los escenarios madrileños. Pocos datos biográficos se recuerdan de este guardia de Corps, hacendado y administrador de loterías quien, como se ha dicho, cerró filas junto a la pléyade romántica zaragozana de *La Aurora* y el Liceo. En esos años progresistas cantó poéticamente a la libertad en las sesiones liceísticas y en la prensa aragonesa del momento⁸¹.

⁸⁰ En su folleto *Para Todos*, por «Un Espectador», Madrid, Establecimiento Tipográfico de Luis Jaime, 1871. El ejemplar que he consultado—gracias a la amabilidad de la directora de la Biblioteca «José de Sinués»—, lleva en su portada la siguiente aclaración manuscrita y rubricada por Víctor Navarro Vicente: «D. Gerónimo Borao, rector que fue de la Universidad de Zaragoza». En dicho folleto, Borao repartía sus varapalos políticos sobre las cabezas de todas las tendencias políticas, en la convicción de que los excesos y egoísmos de unos y otros constituían una seria amenaza para la estabilidad política («en épocas inconstituidas y revueltas como la actual, hasta le parece a todo el que tiene una pluma en la mano que está en la obligación de trastornar todo lo que antes de él ha existido para crear después un mundo nuevo a imagen y semejanza de su cerebro alborotado»). «Á los republicanos», «Para los absolutistas», «Para los moderados», «Para los progresistas, unionistas y demócratas» y «Para todos» rezaban los sucesivos capítulos de quien se confesaba cautivado por Castelar, al tiempo que declaraba condenar «lo mismo a León que a Narváez, a O'Donnell que a Prim, a Topete que a Pierrad, y decimos más, a Riego que a Chapalangarra: cuando nosotros en edad temprana fuimos alguna vez conspiradores y perseguidos, esto mismo decíamos con asombro de ellos a nuestros compañeros de infortunio» (p. 14). A siete años de su muerte, los sucesos revolucionarios rebasaban ya al moderado Rector cesaraugustano quien, con esta indiscriminada diatriba, pretendía erigirse en «el órgano de los que callan; pero los que callan suelen ser los que sufren y los que tienen razón» (p. 67).

⁸¹ Huici, director del *Eco de Aragón* desde 1866, había estrenado y publicado en Madrid la mayor parte de su producción dramática. *Pagar sus deudas sin un ochavo* (1837) le convirtió en el dramaturgo más mañanero del grupo, aunque ni esta obra ni la siguiente —*Don Simeón o el Liberal por especulación* (1838)—, dijera mucho de quien, en sus dramas posteriores, se reveló como discreto desempolvador de la historia aragonesa: *Don Pedro el Cruel* (1840), *Doña Brianda de Luna* (1840), *Venganza en un pecho noble* (1850), *Doña María Calderón* (1851) y *Una noche en Buitrago* (1852).

También exaltado liberal fue el zaragozano Manuel Lasala (1805-1874), quien se había incorporado a la Milicia Nacional en 1820 y en 1834 y fue condecorado por su participación en la Cincomarzada. Político y abogado —y andando el tiempo, reputado foralista—, se significó literariamente con el drama histórico *Inglar* (1840), aunque presumiblemente, como el resto de los románticos regionales, debió de templar su musa en los acontecimientos ciudadanos de aquellos fogosos años⁸².

Parecida suerte ha corrido la obra literaria de Mariano Ponzano, si bien las noticias que poseo son un poco más explícitas⁸³. En 1840 se le encuentra presidiendo la sección de Literatura del Liceo Artístico y Literario de Zaragoza, mientras el coliseo de su ciudad representaba con éxito sus comedias *Siempre ha sido aventurado el juzgar por el vestido*, *El hombre benéfico*, *El jugador por virtud* y *La celosa confundida*, aunque sólo el drama romántico *Justicia es juicio de Dios* recibiera los honores de la impresión. Ponzano entregó su musa con prodigalidad, tanto en las sesiones de su sección liceística como en la prensa del momento. Entre sus poemas, los hay —como «El expósito en capilla»— que emulan con dignidad las canciones esproncedianas, lo que demuestra que el autor de «La corona del Artista», «El sepulcro de mi hija» o «El primer suspiro» acertó a sintonizar con la nueva moda y quizás también a acordar su verbo a las voces más que a los ecos⁸⁴.

⁸² Jesús DELGADO, *El derecho aragonés. Aportación jurídica a una conciencia regional*, Zaragoza, Alcrudo, 1977, pp. 181-190.

⁸³ Nacido en Zaragoza en 1792, se trasladó a Madrid para estudiar filosofía en el Colegio Imperial de San Isidro de Madrid, pero, según Ovilo y Otero, cambió los libros por el fusil durante la guerra de la Independencia: «Hijo de una noble y distinguida familia, sus padres D. Mariano y D^a Rosa Portanell le dieron una educación propia de su clase enviándolo a Madrid, donde estudió filosofía en el Colegio Imperial de San Isidro. La guerra de la Independencia que ardía entonces en todo su furor le animó a tomar en ella una parte muy activa, distinguiéndose en repetidas ocasiones, por lo que llegó a obtener el grado de capitán. Pero licenciado al terminarse aquella gloriosa lucha, se retiró a la vida privada, dedicándose a diferentes estudios particulares. Publicada la Constitución en 1820, Ponzano se dio a conocer como liberal, sin que esto le ocasionara persecución alguna, pues precisamente en lo más fuerte de la reacción en 1824 tomó el título de maestro de escuela, estableciéndose en Zaragoza, donde sus buenas circunstancias físicas y morales le valieron una numerosa clientela, habiendo a fuerza de tiempo, constancia y esfuerzos, llegado a plantear un colegio modelo en la capital de Aragón. En 1838 es nombrado examinador de maestros, director interino de la Escuela Normal de Zaragoza en 1839, director del Instituto zaragozano en 1840 y director del colegio interior de la Facultad de Filosofía en 1846» (*Escenas Contemporáneas*, Madrid, Establec. Tip. de D. A. Vicente, 1854, II, pp. 333-335). El proyecto de reglamento literario, político y religioso de ese colegio —cuya fundación anunciaba Ponzano para el primero de febrero de ese mismo año—, está contenido en la segunda parte de su folleto *Observaciones sobre el estado de la instrucción primaria en esta Capital desde 1823 hasta 1840*, Zaragoza, Polo y Monge, 1840.

⁸⁴ Cuyo original manuscrito se encuentra en la Biblioteca «José de Sinués». Otros poemas citados por Ovilo y Otero son «El ensayo poético» y «El buscapié», una sátira a la empleomanía y otra sobre la celebridad.

Capítulo aparte merece Braulio Foz quien, si realizó un austero ejercicio de pedagogía histórica con su drama *Don Alonso el Batallador*—1840, aunque estrenado en 1869⁸⁵—, se adelantó a su tiempo al recoger la lección cervantina en su *Vida de Pedro Saputo* (1844), novela cada vez más estudiada, como el fruto más valioso que es del XIX aragonés. No abundaré en las excelencias de un escritor por el que siento una gran debilidad, y al que he dedicado varios trabajos. Solamente señalaré que, del mismo modo que su vida, también su literatura de estos años estuvo animada por un progresismo militante: abrió las páginas de su periódico a la poesía romántica y a las inquietudes de los liceístas regionales; instó a los poetas catalanes y aragoneses a que escribieran sobre las gestas épicas del Aragón contemporáneo («Temas no faltan, desde los Sitios a la Cincomarzada», afirmaba quien en 1863 sería invitado a presidir los Juegos Florales de Barcelona). Sin embargo, a la altura del medio siglo, tanto el Foz poeta como el teórico de la *Novísima Poética*, ejemplifican una vez más las limitaciones inherentes a la idealización de los modelos clásicos e ilustrados y a los prejuicios ante la vacuidad de las desmesuras románticas. Como frutos tardíos —y ya sometidos a la corrosión del escepticismo— se cuentan sus libros de poemas *Los baños de Panticosa*. *Canciones a la EME*. *Por un bañista de 1856* y *El monasterio de Veruela*⁸⁶.

La sensibilidad y el pragmatismo de Muntadas

Con una gesta colectiva entraba en la sociedad literaria el catalán Juan Federico Muntadas (1826-1912), autor de *La batalla de Bailén*. *Canto épico*, al que el renombrado Bonaventura Carles Aribau propinaba un confuso espaldarazo de bienvenida:

En otro tiempo un suceso semejante hubiera sido materia de cantos populares, que figurarían en adelante, más o menos alterados, en algún Romancero. Ahora el pueblo ya no canta, porque el pueblo empieza a leer, y la imprenta, que popularizó lo más elevado, eleva ahora hasta lo más popular⁸⁷.

También contribuyó al teatro romántico con varios dramas publicados en Madrid en torno a los años cincuenta: *Boadicea*, *Una lección de Corte*, *La última noche de Camoens* y *Deudas pagadas*. Sin embargo, el nombre de Fede-

⁸⁵ Sobre sus comedias perdidas, cf. mi *Braulio Foz y la novela del siglo XIX*, Teruel, Instituto de Estudios Turoleses, 1992, p. 75.

⁸⁶ Zaragoza, Imprenta de Vicente Andrés, 1857 y 1861 respectivamente. Estos dos poemarios han sido localizados por Teresa Claramunt.

⁸⁷ Madrid, Rivadeneyra, 1951.

rico Muntadas es mucho más conocido por su vinculación al Monasterio de Piedra, verdadero paisaje romántico, que la familia había comenzado a explotar tras las medidas desamortizadoras.

Ya Pascual Madoz dejaba constancia en su *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de Aragón* de lo condicionada que iba a estar la sensibilidad y la inspiración literaria del joven hijo del propietario, paseante en la soledad de tan exóticos parajes⁸⁸. Y, en efecto, cuando Muntadas publique la primera de sus guías turísticas sobre el Monasterio de Piedra (por cierto, que con la adición de seis becquerianas leyendas), confesará haberla escrito guiado por sus propias impresiones, aun reconociendo la insuficiencia del lenguaje para plasmarlas:

Reconocemos, sin embargo, la ineficacia de la palabra escrita, fría de suyo, para dar exacta idea de un país que tiene cascadas como Suiza, grutas como Escocia y trozos de espléndida y salvaje vegetación que recuerdan el tipo y las formas de la zona ecuatorial⁸⁹.

El descubrimiento de una naturaleza tan insólita en el adusto paisaje aragonés, descubrimiento amplificado publicitariamente por el *Aragón* de Cuadrado y Parcerisa, atrajo la atención de numerosos visitantes: escritores, artistas, fotógrafos, literatos y viajeros. Con ello se creaba una nueva ruta que añadir al catálogo de bellezas de la que Hoffmann y Aymes han denominado «España romántica», de la que el «Aragón romántico» constituyó una parcela digna de mención⁹⁰.

Un aspecto no menor de la fortuna literaria y artística de esta diligente exhibición y explotación de los Muntadas es el que tiene que ver con los primeros pasos del paisaje realista español, desde la fundación, en 1844, de la primera cátedra de Paisaje en la Academia Nacional de Bellas Artes y la búsqueda de parajes nuevos por parte de Carlos de Haes y sus discípulos. Pena recuerda que «las estancias de Haes con Juan Federico Muntadas en el Monasterio de Piedra, fueron marcando las diferentes

⁸⁸ «Mejores entusiasmos nos infunde con todo respeto del Monasterio de Piedra la ilustración de su dueño actual D. Pablo Muntadas, y el ardiente entusiasmo hacia las bellas artes y la literatura precozmente despertado en su hijo D. Federico. Nosotros que sabemos cuán gratas inspiraciones debe a aquel magnífico sitio nuestro joven amigo...». Citado por Jesús RUBIO, «Aragón romántico: entre el pintoresquismo y lo sublime», en José-Carlos MAINER y José María ENGUITA (eds.), *III Curso sobre Lengua y Literatura en Aragón (siglos XVIII-XX)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1994, p. 53.

⁸⁹ «Leandro JORNET», *El Monasterio de Piedra. Su historia. Valles, cascadas y grutas. Leyendas monásticas*, Madrid, Imprenta y Tip. de M. Rivadeneyra, 1871, p. v. Según RUBIO (*ibíd.*, p. 59), también escribió en 1860 el poema descriptivo *Eureka. El descubrimiento de la gruta del Iris* (Zaragoza, 1895).

⁹⁰ José-Carlos MAINER, «El romanticismo en Aragón» cit., pp. 133-134. Cf. también Jean-René AYMES, *Aragón y los románticos franceses (1830-1860)*, Zaragoza, Guara, 1986, y, en fechas más recientes, la tesis de licenciatura inédita de Esther ORTAS DURAND, *Recepción de la naturaleza y léxico estético en los viajeros por Aragón (1759-1850)*, Universidad de Zaragoza, 1996.

visiones que tuvo de los mismos parajes al calor del nuevo clima que surgió en su entorno»⁹¹.

No debe olvidarse que Muntadas era un aristócrata pragmático, y en su novela *Vida y hechos de Gil Pérez de Marchamalo*⁹² —siempre postergada, incluso por quienes con más celo se han aplicado a descubrir los antecedentes del realismo galdosiano—, reflejó con aceptable fidelidad la irresistible ascensión de un medrador sin escrúpulos en el Madrid de la política y las finanzas. Aunque, como acabo de señalar, quince años antes, tanto *La batalla de Bailén* como sus *Ensayos poéticos* —de 1848— o sus dramas históricos respondían a una sensibilidad impregnada del clima espiritual de estos románticos parajes. Su *Discurso sobre Shakespeare y Calderón*, con el que en 1849 defendió su Tesis Doctoral en la Universidad de Madrid, comenzaba con una justificación romántica que hablaba del *mal de siglo* que atenazaba al ser humano y, en compensación, de la añoranza de un mundo tal como lo concibe el deseo. También de las «excursiones al pasado», las cuales, «además de proporcionarle las más dulces sensaciones, ponen al hombre en relación con los seres que dejaron de existir».

Toda la tercera sección de sus *Ensayos poéticos* recogía más que aceptables muestras de esa comunión con el pasado, plasmada en una serie de leyendas donde las tempranas resonancias wagnerianas se mezclaban con las más domésticas de Zorrilla o el Duque de Rivas («La montaña de la Saga», «Walfrido y Elgita», «Margarita», «Los dos comendadores», etc.). Parecido interés poseen también sus traducciones de Lord Byron, así como poemas que, como «Fantasía», se situaban ya muy cerca de las *Rimas* becquerianas. Porque, en definitiva, el romanticismo del aristócrata y político Muntadas reunía ingredientes aparentemente contradictorios. Las fidelidades retóricas del universitario que era ejercían un perceptible freno en quien, por otra parte, no dejaba de frecuentar asiduamente el ambiente literario madrileño y sintonizaba con la estética de mayor frescura del momento. Cosmopolita y refinado, su condición social le hacía decantarse por el romanticismo conservador y sumarse a las excursiones hacia la tradición y el pasado vivos en el espíritu del pueblo, plenamente consciente de que éstos en modo alguno podían ser incompatibles con la política estatal de restauración de monumentos y con la avispada rentabilización de los mismos.

Balance de un romanticismo provinciano

De ser conocidos con más detalle los pequeños actos de sociedad de la vida provinciana, otros poetas y dramaturgos podrían aparecer en este

⁹¹ *Pintura de paisaje e ideología. La generación del 98*, Madrid, Taurus, 1982, p. 32. Cf. también Rubio, *ibíd.*, p. 56.

⁹² 2 vols., Madrid, Impr. Rivadeneyra, 1866.

recuento. Me refiero, en especial, a los redactores más fugaces de *La Aurora*, doblados frecuentemente en debutantes liceístas, con una producción lírica ocasional que permanece inédita, y que quizá sólo la constancia y el azar permitan encontrar en archivos y legados familiares. Informaciones valiosas referentes a hojas volanderas y a alguna efímera revista y a su contexto (editores, permisos de publicación censura, etc.) duermen entre los legajos que guarda el Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza. Por otra parte, la rica tradición impresora aragonesa decayó sensiblemente en las fechas que nos ocupan⁹³ y todavía queda como tarea pendiente la de realizar un minucioso seguimiento de la prensa diaria que ayude a reconstruir la oferta editorial autóctona, a menudo acompañada de volúmenes en depósito procedentes de otras latitudes. Pero, como he anticipado al principio, sospecho que desempolvar estas humildes excrecencias de nuestro parnaso poco puede modificar el conocimiento y la valoración actual del modesto romanticismo aragonés.

De otro lado, pese a la exaltación demostrada en los acontecimientos políticos ciudadanos —y el esparterismo, como fenómeno típicamente zaragozano, seguiría representando esa militancia en los ideales románticos, aunque la defensa de Espartero fuera acompañada de nada despreciables promesas económicas—, los hombres de *La Aurora* no acabaron de compartir del todo una estética que, llevada a sus últimas consecuencias, hubiese repugnado al pugnaz pragmatismo inherente a esa fe en el progreso económico que profesaban. Lo denunciaba clarívidamente Mesonero Romanos, y las provincias aragonesas no podían constituir una excepción en el contexto nacional:

La época actual es una época de contradicciones, de incertidumbre y de antítesis. En ninguna de las anteriores se han hallado las costumbres en tan abierta contradicción con las doctrinas; en ninguna se vio tanto prosaísmo en las acciones, tanta poesía en los libros. Lluven a cántaros raudales de poética inspiración sobre una sociedad toda mármol, toda metal, toda números...⁹⁴

Ni siquiera en lo político los años cuarenta habían encontrado un norte seguro: los bandazos y bruscas alternancias —que hicieron zozobrar incluso al clarividente Larra—, sumieron en la incertidumbre a un progresista Braulio Foz, quien no acertaba a comprender que sus paisanos le llamasen «calzado» o «doceañista» por su defensa de las libertades o que, en nombre de esa misma proclamada libertad, fuera citado constantemente ante los tribunales. Este estado de perplejidad general era expresado certeramente por Gabino Tejado en las páginas de *El Siglo*: «En política,

⁹³ Vicente MARTÍNEZ TEJERO, «Gerónimo Boroa: aproximación a su obra impresa», en su citada edición de *La imprenta en Zaragoza*, p. xvi.

⁹⁴ Citado por Salvador GARCÍA, *Las ideas literarias en España entre 1840 y 1850*, University of California Press, 1971, p. 9.

por ejemplo, se llamó a lo antiguo *despotismo*, y a lo nuevo *libertad*; y tan determinantes, tan oscuros eran estos nombres como los de *clasicismo* y *romanticismo*, adoptados para significar lo antiguo y lo nuevo en literatura. Si los hechos eran tan oscuros, ¿cómo no lo habían de ser los nombres, que son fórmulas de estos hechos?»⁹⁵.

Ambigüedad, pues, en la política, y ambigüedad en la literatura. Por otra parte, eran los tiempos del *eclecticismo*, que incluso una nueva corriente filosófica venía a corroborar. Me refiero al gaditano Tomás García Luna, autor de unas *Lecciones de filosofía ecléctica*, publicadas en 1843⁹⁶, divulgadoras de una filosofía que venía como anillo al dedo al pragmatismo de que tan necesitada estaba la nueva sociedad burguesa de los años cuarenta. Aunque, en lo que al cultivo de las musas respecta, dicho eclecticismo no debe interpretarse como un intento de conciliación entre el romanticismo y el neoclasicismo (entre otras cosas, porque la mayor parte de nuestros románticos nunca había renunciado al neoclasicismo de sus años de formación). Dicho *eclecticismo* debe entenderse como un entibiamiento de esos idealismos progresistas (y también, claro está, del progresismo en literatura, que tan sólo constituyó una moda pasajera), paradójicamente en nombre de los imperativos del mismo progreso⁹⁷.

Sin perder de vista estas no insignificantes matizaciones, creo que el paradigma de nuestros poetas románticos —aunque quizá también del romanticismo español— podría constituirlo ese «justo medio» con el que Miguel Agustín Príncipe tan tempranamente comulgaría⁹⁸. El mismo que

⁹⁵ *Ibid.*, p. 7.

⁹⁶ *Lecciones de filosofía ecléctica pronunciadas en el Ateneo de esta Corte*, Madrid, Impr. de I. Boix, 1843.

⁹⁷ Sobre estas cuestiones, cf. también el *Panorama del romanticismo español* cit. de Leonardo ROMERO TOBAR, p. 109 y sigs.

⁹⁸ En su poema «A la instalación del Liceo Artístico y Literario de Zaragoza» (*Diario de Zaragoza*, 17-IV-1838), Príncipe incluía entre los *dii maiores* del parnaso romántico, tanto a los que competían con los poetas de la «ufana musa castellana de Fray Luis, Herrera o Quevedo» (Luzán, Lista, Cienfuegos, Meléndez Iglesias, Samaniego, Iriarte, Moratín...) como a las nuevas genialidades independientes (Larra, Espronceda, García Gutiérrez, Zorrilla, Campoamor y Hartzenbusch), no sin una advertencia final sobre lo peligroso de no distinguir las voces de los ecos: «¡Mas, ay del vate que la voz creyendo / del entusiasmo oír, en la carrera / del vértigo se lanza, / y a distinguir no alcanza / de la falsa emoción la verdadera ! / ¡Ay del que grita libertad del genio / y al desenfreno se abandona y loco / teniendo el gusto y la verdad en poco / en abortos sin fin luce el ingenio !...» (reproduzco el poema íntegro en mi artículo «La coronación de Miguel Agustín Príncipe» cit.).

Aunque concluía reincidiendo sin mayores precisiones en esa «actitud conciliadora» entre clasicismo y romanticismo, Manuel de la Revilla acertaba en las líneas generales de su dictamen: «Quedó del movimiento romántico lo que debía quedar: la ruina definitiva y completa de la escuela clásica, el principio de la libertad del arte, la necesidad de que el artista busque su inspiración, no en antiguos modelos ni en reglas escolásticas, sino en el espectáculo de la realidad viviente, y en la libre actividad de su espíritu. Lo demás pasó. Las leyendas fantásticas, los dramas tremebundos, productos de imaginaciones desbordadas, extraños a toda realidad, dejaron de estar de moda, y aquellos adalides del romanticismo, que con

destilaban las páginas de *La Aurora*, donde Víctor Hugo convivía con la exaltación fociana de los Argensola y de la «antigua escuela poética aragonesa», y una entusiasta biografía de Lord Byron, con el «Juguete satírico romántico dedicado a los románticos» del joven Borao o con «Embustidas» contra los poetas del día... Porque los hombres de estos años aurorales se habían puesto bajo el manto de las dieciochescas Sociedades Económicas de Amigos del País y no querían a más maestros que a Luzán, Lista, Quintana o Cienfuegos: «Acordaos, sobre todo, de que nuestra sociedad no se parece a la de ninguna otra nación —escribía Nicolás Sicilia— y así, abandonad de una vez esa manía de apurar vuestro ingenio con pesadas y mezquinas traducciones. Dejad que los extranjeros decidan si deben dar preferencia a la desconsoladora escuela de Byron, a la melancólica de Víctor Hugo, o a la religiosa de Lamartine. Nosotros ya tenemos la nuestra...».

Ese eclecticismo en boga generaría en los años siguientes el que José-Carlos Mainer ha llamado un «romanticismo de consumo», cuando la literatura se había divorciado ya de la vida y era tan sólo un pasatiempo o una actividad al margen de los tráfigos sociales. Aun así, como escribía el cáustico Mesonero, había «vates a millares», pese a que la sociedad estaba ya vacía de entusiasmo⁹⁹. También la *Novísima Poética* de Braulio Foz — redactada en los años cuarenta— reincidía en apreciaciones semejantes:

Si hoy España se come de empleados
Se comerá muy pronto de poetas.
Mal dicho: de poetas no; sería
Plaga mucho menor aunque funesta;
De raheces copleros que atrevidos
La vanidad y la ignorancia engendran...¹⁰⁰.

En la misma cintura del siglo, el también catedrático Jerónimo Borao seguía añorando el «calumniado siglo XVIII», al tiempo que se atrevía a arrimar un poco de luz para ayudar a la comprensión de su desconcertante discípulo, el todavía «no calificado» y posiblemente incalificable «pre-

donosa pluma retrató «El Curioso Parlante», recortaron sus luengas melenas, restablecieron el abolido cuello de la camisa y renunciaron a hablar del *feudal castillo*, la *helada tumba* y el *negro capuz*. Pero el clasicismo no renació de sus cenizas, y el arte literario quedó por el momento sin ideal definitivo. ¿Qué nueva escuela sustituiría a las dos rivales ya extinguidas? He aquí el problema que desde entonces quedó planteado y no se ha resuelto todavía por completo» (*Obras*, Madrid, Imprenta Central, 1883, pp. 24-25).

⁹⁹ «...los vates, a millares, en medio del público desdén; delante de esta sociedad vacía de entusiasmo, ellos no por eso desaparecen, antes bien, se reproducen maravillosamente, se miran y reflejan unos en otros, se entusiasman en su propia contemplación y, a falta de objeto que los inspire, en este mundo material, de cal y canto, se inspiran en la *nada*, se abisman en el *no ser*, o se evaporan en la región de lo infinito». Tomo la cita de Salvador GARCÍA, *op. cit.*, p. 10.

¹⁰⁰ *Novísima Poética Española...*, p. 71.

sente»: «Hoy se ha dado por el pie (*sic*) a todas las rancias preocupaciones literarias» —explicaba en su *Discurso Inaugural* ante el Claustro de la Universidad zaragozana a comienzos del curso de 1849—. Y, tras enumerarlas con sagacidad, daba por concluida la «anarquía romántica», a la que había sucedido «la más amplia libertad de cultos literarios»:

Hoy, Señores, se pugna en el hallazgo del binomio de Newton, se trata de elevar a una potencia ilimitada el consorcio de dos sumandos, verdad literaria *más* verdad social: hoy no nos hallamos en el vestíbulo de las ciencias (...); antes enclavados en ellas, necesita la literatura tomar todo el vuelo de la civilización a que pertenece, necesita no vestir librea alguna, pero sí el uniforme del siglo¹⁰¹.

Sin embargo, el propio Borao sería poco consecuente con este imperativo, dado que estrenó algunos de sus dramas históricos en los años sesenta y reuniría sus poemas en libro en fecha tan tardía como la de 1869. Y, por citar otro ejemplo representativo —y desconocido hasta ahora—, lo propio hizo un año más tarde quien firmó como «Un aragonés» sus *Ensayos poéticos* de los años cuarenta, un batiburrillo estético y pío en el que, no obstante, incluía lugares comunes particularistas del romántico regional («Al 4 de agosto en Zaragoza»), y aun ofrecía vagos ecos de algún tema predilecto del europeo¹⁰². Cabe mencionar finalmente que a mediados de siglo arrancaba la febril y accidentada carrera publicística de Luis Blanc y Navarro (Barbastro, 1834-La Almunia, 1887)¹⁰³ y Marcos Zapata comenzaba a cosechar sus primeros aplausos en la escena madrileña con *La capilla*

¹⁰¹ Líneas más arriba, Borao detectaba que hoy «se ha moderado el desmedido aprecio con que eran galardonados los poetas y oradores, y ya no se dice de ellos que son los sultanes de la inteligencia; se ha nivelado en lo posible el áspera (*sic*) pendiente de las categorías; se han avalorado los terrenos según su utilidad; se ha reducido a prudentes límites cada género literario; se ha hecho masa común de todos los bienes que el siglo ha recibido por herencia a beneficio de inventario; se han dejado eriales la poesía anacreóntica como anacrónica, la didáctica como insuficiente, la bucólica como risible, y la pueril como pueril, levantándose de importancia (para compensación de tan livianas pérdidas) la dramática, la novelesca y la satírica; se ha dado en el blanco de las exigencias históricas, y lejos de hacerse caudal de sólo las genealogías regias y los encuentros belicosos, se ha dado cabida preferente a los adelantos científicos y literarios, a las investigaciones políticas, a la vida popular y hasta a las curiosidades anecdóticas; se ha difundido más por cada día, después de un breve trecho de anarquía romántica, la más amplia libertad de cultos literarios; se han canjeado mutuamente los poderes de todas las escuelas, sin más crimen que el suscitado por la pedantería o la ignorancia» (*Discurso inaugural en la solemne apertura de los estudios de la Universidad de Zaragoza el día 1º de octubre de 1849*, Zaragoza, Mariano Peiró, 1849, pp. 50 y 52).

¹⁰² Como los poemas «A Napoleón en Waterloo» y «A Napoleón vencido». Cf. *Ensayos poéticos, por UN ARAGONÉS*, Zaragoza, Impr. de la Viuda de D. Antonio Gallifa y Manuel Sola, s. a. [1870], pp. 102 y 103. Extemporáneo resultaba también en 1858 *El Roger*, extenso poema en octavas reales que dio a luz en la zaragozana Imprenta Gallifa Juan Justiniano y Arribas.

¹⁰³ Entre el centenar de libros y folletos de este federalista y contumaz conspirador se cuentan varios dramas y, al menos, un libro de poemas (*El Cantor del Pueblo*, 1963); cf. Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE, «Luis Blanc, un Garibaldi aragonés», *Andalán*, 15-30-IX-1984, pp. 32-34.

de Lanuza (1871), para seguir prolongando el romanticismo hasta comienzos del nuevo siglo, bien que, como en el caso paralelo de Zorrilla, corrió de a veces por el escepticismo, cuando no por los sinsabores de una no deseada vida bohemia¹⁰⁴.

Las románticas

Otros libros de versos de delicada y femenina inspiración, como *Mis vigiliás* (1854) o *Cantos de mi lira* (1857) de la prolífica novelista zaragozana María del Pilar Sinués y Navarro (Zaragoza, 1835-Madrid, 1893), o los *Ecos del corazón. Ensayos poéticos* (1853) de María Verdejo y Durán (Cascañte, 1832-Zaragoza, 1854) doblan ya la mitad del siglo y, en cierto modo, la página estética de la poesía romántica regional¹⁰⁵.

Tan cándidos y edulcorados como los versos de las anteriores son los de la oscense nacida en 1820 Dolores Cabrera y Heredia aunque, dentro de su evidente disparidad, se encuentran algunos que preludian el tono menor y la sentimentalidad intimista becqueriana. Su única entrega, *Las violetas*, venía presentada por Romero Larrañaga como el «álbum cariñoso» de una mujer «sensible y modesta». Pese a su protectora y condescendiente galantería, el prologuista acertaba al apuntar las coordenadas sentimentales en que se movía la debutante: «La vida íntima y agradable. Los recuerdos de la infancia feliz, las doradas ilusiones desvanecidas, las impresiones que han producido en su pensamiento los viajes que la han apartado de mil objetos de cariño, la ausencia impía, el amor respetuoso, la amistad firme e interesada; he aquí los principales asuntos que conmueven a cada momento a la amable poetisa y que ponen instintivamente en sus manos el arpa inmaculada...»¹⁰⁶.

En efecto. Aunque Dolores Cabrera había leído a los románticos de la primera hornada —por ejemplo, su ossiánica «Despedida de un guerrero» recuerda al Espronceda londinense—, su matrimonio con un militar había

¹⁰⁴ Ainzón, 1844-Madrid, 1914. De 1903 es la edición de sus *Poesías*, prologadas por RAMÓN Y CAJAL (reeditadas de forma facsimilar por Los Libros de *El Día* (Zaragoza, 1986). Un canto versificado a las grandezas y las miserias de su biografía puede verse en los Juegos Florales de 1902.

¹⁰⁵ Sobre estas dos autoras, cf. José-Carlos MAINER, «El romanticismo en Aragón» cit., pp. 145-146.

¹⁰⁶ «En cada una de sus poesías se revela un sentimiento del alma: el corazón ha dictado todas estas tiernas melodías; y como en el corazón de la joven autora, exento de doblez y de malicia, no caben más que sentimientos nobles, por todas las páginas del libro se halla derramado un perfume de pudor y de inocencia que embelesa el ánimo» (*Las Violetas*, de la Srta. Dña. DOLORES CABRERA Y HEREDIA, Madrid, Impr. de la Reforma, 1850, «Prólogo» de Gregorio ROMERO LARRAÑAGA, pp. 3-4 y 5).

fortalecido un yo nostálgico, acusadamente proclive a recuperar emotivamente las vivencias, las amistades y los parajes dejados atrás en cada forzoso traslado. De ahí que, si bien hay mucho de circunstancial y conmemorativo en su poesía —como tampoco falta el obligado tributo a las glorias regionales—¹⁰⁷ sus versos más afortunados se nutran de estímulos generadores que proceden del paraíso de la infancia y de esos sucesivos mundos irremisiblemente perdidos que evoca difuminadamente una escritura melancólica e intimista. Poemas como «Los sueños», «Meditación» o «La soledad» son representativos de los «suspirillos germánicos» de una poetisa que «cuando niña recorría los campos y lindas violetas cogía», y que acierta a plasmar en «Las golondrinas» el espíritu y los ingredientes que pocos años después configurarán el memorable poema becqueriano.

Epílogo: Los románticos y la administración del pasado

La somera exposición que acabo de pergeñar confirma que nuestros escritores no lograron sobresalir del discreto nivel que, con alguna notable excepción, constituyó el tono medio del romanticismo en España ni, por otra parte, sus relaciones con las musas fueron mucho más allá de accidentales discreteos.

Pero, desde una consideración más amplia de su legado intelectual, nadie puede en estricta justicia negarles el mérito de haber contribuido con su literatura al conocimiento y a la idealización del pasado histórico (ni mucho menos, como he intentado señalar, dejar de reconocerle la intensidad con que lo reencarnaron en sus biografías, selladas dolorosamente en varios casos con sus propias vivencias). A la vez, se constituyeron en mediadores de una segunda idealización de los valores regionales que ha llegado hasta nuestros días.

En primer lugar, idealizaron lo que habían vivido. De sus vivencias y de sus escritos salió fortalecida toda una serie de nuevos mitos que pasarían a engrosar el imaginario colectivo: el imborrable de los Sitios de Zaragoza, el islote de libertades del Trienio Liberal —con la presencia de Riego—, la guerra carlista, con la celebrada «Cincomarzada», objeto de diversas matizaciones recientes que no empañan su entidad de mito romántico, objeto de apasionadas conmemoraciones anuales...¹⁰⁸. Coincidiendo en el tiempo con la «Cincomarzada», tenía lugar en Zaragoza una serie de moti-

¹⁰⁷ «A las heroicas víctimas del Dos de Mayo» (p. 64), «A Zaragoza» (pp. 196-198) y «Madrid y Aragón», donde evoca la rudeza y valentía de los hombres de su tierra (pp. 141-142).

¹⁰⁸ Cf. María Rosa JIMÉNEZ, «Zaragoza, 5 de marzo de 1838 (un episodio de la primera guerra carlista)» (*Cuadernos de Investigación*, 4, 2 (1978), pp. 109-123) y Francisco ASÍN REMÍREZ DE ESPARZA, *La Cincomarzada*, Zaragoza, IberCaja, 1989.

nes para derribar los señoríos feudales e imponer la revolución política y jurídica que predicaba el liberalismo. En 1835, y con gritos de ¡Viva la República!, Zaragoza asistía a la formación de una Junta revolucionaria, cuyo nombre definitivo —«Junta Suprema Gubernativa de Aragón»—, habla bien a las claras de las reivindicaciones del Justiciazgo y de las viejas instituciones foralistas que la inspiraban... Luego vendría la sublevación contra la ley de ayuntamientos y la fulgurante aparición de Espartero, nuevo mito de las libertades burguesas al que la ciudad fue fiel, incluso cuando su buena estrella había declinado¹⁰⁹.

Nuestros románticos también administraron los mitos que les habían legado los ilustrados. Y es que precisamente en ese año 1833 Aragón perdía definitivamente su personalidad jurídica, hecho que generará en la burguesía revolucionaria lo que Carlos Forcadell ha definido como una nostálgica «recuperación de la conciencia de territorio, de Reino»¹¹⁰. Cuando Foz redactaba su propuesta de creación de una Diputación General de Aragón, estaba reciente todavía el Estatuto Real —el cual, por la composición de una de sus cámaras, tanto recordaba a las antiguas Cortes aragonesas de la Edad Media—. Estaban vivos los ecos de la llamada «edad de oro» aragonesa, y el propio autor de la *Vida de Pedro Saputo* refrescaba los ya mencionados entusiasmos finiseculares al mostrar en su *Historia de Aragón* la superioridad de los antiguos Fueros aragoneses sobre cualquier otra constitución moderna, fuera ésta la inglesa o la francesa¹¹¹.

¹⁰⁹ En la página 91 de su estudio, Asín recoge varios libros y folletos contemporáneos que refieren esta gesta, entre ellos el drama histórico en verso de Luis BLANC (*El 5 de Marzo de 1838, Zaragoza*, 1858). Cf. también, entre otros estudios, el de Carlos FRANCO DE ESPÉS MANTECÓN, *Los motines y la formación de la Junta Revolucionaria de Zaragoza en 1835*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1981. Por su parte, Jesús ALEGRÍA DE RIOJA ha referido los episodios de este «tercer sitio de Zaragoza» de 1843, testimonio del bien estudiado esparterismo zaragozano, reavivado en 1854, y cuya resaca llegaría más allá de la Gloriosa; cf. *El tercer sitio de Zaragoza (la crisis esparterista de 1843)*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1989.

¹¹⁰ «Contra la reorganización administrativa y provincial de los gobiernos liberales, siempre surge en los momentos revolucionarios la aspiración a agrupar Juntas locales y provinciales en una Junta Suprema de Aragón. Cuando los nuevos gobiernos liberales y progresistas disuelven las Juntas con el argumento de que sus reivindicaciones y planteamientos ya se encuentran recogidos por el Gobierno central, se producen resistencias locales a la disolución. En 1840, Braulio Foz propone que continúe de modo estable la Junta Regional de Aragón con el nombre de... *Diputación General de Aragón* [propuesta que razonaba en el editorial del *Eco de Aragón* del 9 de septiembre de 1840]: 'porque conviene mucho que Aragón esté unido, que Aragón sea un reino y un reino sólo, no tres provincias... De modo que aunque no tuviéramos otra razón para unirnos, para decir Aragón, deberíamos hacerlo'» (cit. por Carlos FORCADELL, «Estructura económica y social de la Zaragoza isabelina (1832-1865)», en Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE y Carlos FORCADELL ÁLVAREZ, *Aragón contemporáneo. Estudios*, Zaragoza, Guara, 1986, p. 38).

¹¹¹ Como añade Carlos FORCADELL al contextualizar esta propuesta del padre del aragonesismo moderno, «la burguesía ascendente supo mantener la continuidad de la conciencia regional hasta mediados del siglo XIX, y luego abandonó esta función, que fue recogida por la pequeña burguesía radical, republicana y federal» (*art. cit.*, p. 38).

Pocos aspectos del particularismo aragonés escaparon a esta vivencia y rehabilitación burguesa de la conciencia colectiva, desde las «investigaciones de campo» sobre la antropología regional, hasta la lengua, el arte, la historiografía o el derecho¹¹².

Nostalgias románticas: la historia interminable

Sería relación de nunca acabar la de referir de modo pormenorizado el llamativo fenómeno de nostalgias, recurrencias y complicidades que supone en Aragón la pervivencia del legado romántico. Gracias a este reciclaje y administración del pasado que acabo de señalar, el romanticismo adquirió unas proporciones posteriores que, ni se corresponden con la realidad literaria de nuestros románticos, ni guardan relación con la endeblez de su legado intelectual y artístico.

A la hora de precisar los vectores que prolongan ese legado en el ámbito de la lírica, esa exploración constataría cómo muchos escritores, desde la segunda mitad del siglo XIX hasta nuestros días, han venido continuando rancieramente sus fórmulas estéticas. Aunque quizás lo menos relevante sea la pervivencia de ese romanticismo dominguero que, si dio muestras de algún mérito más allá de la mitad del siglo, estuvo siempre pronto a plasmarse en actos conmemorativos y reuniones de sociedad. Por otra parte, sería arriesgado determinar la responsabilidad que en este fenómeno tuvieron nuestros primeros románticos, aunque los hubiese,

¹¹² En sus pioneros «trabajos de campo», no se dejaron prácticamente nada en el tintero. El costumbrismo —propio y foráneo— sentó las bases de la moderna antropología regional (costumbres y tradiciones aragonesas, romerías, albadas, cantos populares, juegos infantiles, pesas y medidas, etc.) e incluso intentó precisar los rasgos definitorios del hombre y la mujer aragoneses. Lo ha estudiado Rosa M^a ANDRÉS ALONSO en lo que respecta a la primera década del *Semanario Pintoresco* («Antropología y literatura. Un ejemplo: El *Semanario Pintoresco Español*», v *Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón*, Zaragoza, I.C.E., 1984, pp. 407-413). Fermín GIL ENCABO, por su parte, ha realizado un completo seguimiento de las numerosas muestras costumbristas en la prensa de la época («Literatura burguesa y prensa regional: el localismo temático a través del costumbrismo aragonés», en M^a Angeles NAVAL (coord.), *op. cit.*, pp. 99-130; «Literatura en torno a los tópicos aragoneses», *El Día de Aragón*, 12-x-1983, p. 37; «Literatura periodística y tópicos regionales en el siglo XIX», *Temas de Antropología aragonesa*, 2, 2 (1983), pp. 134-168). La lengua será objeto de codificación en el *Ensayo de un diccionario aragonés-castellano* (1836) de Mariano PERALTA y en el *Diccionario de voces aragonesas* (1859) de Jerónimo BORAJO —precedido de un extenso y erudito prólogo— (sin olvidar la dignidad literaria que le confiere su aparición en la *Vida de Pedro Saputo*). El Derecho recogía y administraba el más inmediato legado del pasado, lo mismo que la labor historiográfica de Braulio Foz, Manuel Lasala o Jerónimo Boraio, la cual respondía también al empeño de divulgar y propagar los mitos regionales arropados, como se ha dicho, en los pliegues santificadores de la historia liberal, para el consumo político de la pequeña burguesía, menestrales y pequeños propietarios agrícolas (cf. Jesús DELGADO, *El derecho aragonés*, cit., p. 163).

como se ha visto, que recogieran sus poesías en libro incluso en los años de la Gloriosa.

Desde una perspectiva más comprensiva que la que atañe al cultivo de la poesía, el costumbrismo, el teatro o la novela histórica, cabe insistir en el fenómeno —no exclusivo, por otra parte, de nuestros pagos— de la vigencia de los residuos de aquel espíritu progresista y reivindicativo que compartieron nuestros primeros románticos, y el aprovechamiento posterior de los mitos forjados y administrados por ellos. Mucho de ese espíritu poseían también los primeros años de la Restauración, tiempos de «ferrocarriles, federalismo, derecho foral y versos», según la afortunada síntesis de José-Carlos Mainer: «Consolidado el régimen parlamentario y los principios jurídicos del orden burgués, se fragua un pequeño poder regional que desempolva, más retórico y sentimental que otra cosa, el pasado histórico: cuadros de historia, monumentos pretenciosos, onomástica urbana rememoratoria y alguna edición oficial son el tributo obligado a este propósito». Es el momento en que Miguel Gómez Uriel refunde la *Biblioteca de escritores aragoneses* de Latassa (1884-1886). Antes había aparecido la *Biblioteca de autores aragoneses* (1876), y la *Revista de Aragón* (1878-1880) —«pequeño y voluntarioso empeño provinciano»— intentaba aglutinar las voluntades burguesas. Pero también se restaura toda una tópica romántica que, a esas alturas de siglo, resultaba ya no poco anacrónica: «Esa historia pasada deja de ser un factor de movilización ideológica partidaria y pasa a ser el friso teatral y grandilocuente que ilustra la pintura de historia de los Francisco Pradilla y los Marcelino de Unceta (...). Esa historia es un diorama inmóvil y afectadamente solemne en la que conviven los héroes populares de los Sitios y el aristócrata Palafox, el justicia inmolado Juan de Lanuza y los cortesanos y prudentísimos hermanos Leonardo de Argenso-la, Alfonso I el Batallador y Ramiro II el Monje»¹¹³.

En mi libro *El modernismo literario en Aragón* he estudiado cómo la crisis de 1898 y la «fiebre del oro» que se desencadena a continuación llevan a esos industriales y terratenientes y «comerciantes de altura» a predicar la modernización regional en nombre de los valores perennes del *ser* y del *alma aragonesa*, como banderín de enganche colectivo. Ese mismo planteamiento se repetirá a la altura de 1908 —con la magna exposición hispano-francesa que conmemora los Sitios de Zaragoza—, ante las expectativas de

¹¹³ «Sobre la *Revista de Aragón (1878-1880)*», en M^a Ángeles NAVAL (coord.), *op. cit.*, pp. 134-135. No faltará tampoco el nombre del populista Espartero y, desde luego, la Virgen del Pilar, a la que dedicaba el siguiente pórtico el núm. 2 de la *Revista de Aragón*: «Por la Virgen del Pilar ha sido el pueblo de Zaragoza pueblo de mártires y de héroes; por la Virgen del Pilar ha sido el pueblo aragonés fortísimo e invencible defensor de la Religión y la Patria, los dos grandes ideales humanos; por la Virgen del Pilar han sentido en su espíritu los hijos de esta hermosa tierra el fuego purísimo de la Poesía y el Arte, destellos de la divina inteligencia; por la Virgen del Pilar entona el pueblo sus cantares, sus salmodias el sacerdote y sus himnos el poeta» (*ibid.*, p. 134).

la bicoca exportadora que supone la I Guerra Mundial, y en la Dictadura de Primo de Rivera, tiempo de orden y de casticismos¹¹⁴, capítulo en el que cabe incluir también el estilizado neopopularismo de Gerardo Diego, Lorca o Alberti¹¹⁵.

Nuevos mitos, como el de Goya y, sobre todo, el de Costa, enriquecerán un ya bien provisto museo romántico, que revisitará tanto la burguesía conservadora como una burguesía nacionalista, que empieza a organizarse en torno a la primera década del siglo¹¹⁶. Aunque aquejadas de frustraciones en parte divergentes, ambas apelarán a ese imaginario colectivo regional como razón de ser de todas sus reivindicaciones.

Pero ya los propios románticos, depositarios y administradores de ese pasado histórico y cultural, habían contribuido, a su pesar, a devaluarlo¹¹⁷. A la altura de la Restauración, y más todavía en el fin de siglo, ese mítico imaginario colectivo estaba bastante deteriorado por el uso y tenía no poco de chabacano y zarzuelero. José María Claver ha estudiado las etapas de ese proceso de topificación, que tiene mucho que ver con los estereotipos regionales vistos desde Madrid, los cuales, en un llamativo proceso de retorno, *se hacen sorprendentemente creíbles, incluso por los propios vates, dramaturgos y narradores aragoneses*¹¹⁸. Añádase a esto la obstinación de los literatos y viajeros en estimular el orgullo de sus anfitriones idealizando pintorescamente nuestra topografía (el Moncayo, los Pirineos, que ya Espronceda vio enrojecidos por la sangre...). O la descendencia literaria de temas como los de la Campana de Huesca, los Sitios de Zaragoza o los eternos Amantes de Teruel...). O las nostalgias —cuando no una indefinible mala conciencia por su desarraigo— de los que, como Mariano de Cavia o Eusebio Blasco, hacían compatible su modernidad literaria madrileña con el guiño de campechanía hacia sus paisanos. Por no hablar de las atávicas frustraciones políticas y económicas de una región irredenta, emparedada geográficamente entre boyantes y poderosas vecinas, y que siempre ha mirado con recelo —y siempre miméticamente— a Cataluña...

Por eso, de los esfuerzos por reconstruir y estudiar científicamente el pasado regional —visibles, por ejemplo, en la primera y segunda *Revista de*

¹¹⁴ Cf. ahora el monumental estudio de Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE, *Gente de orden. Aragón durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, 4 vols., Zaragoza, IberCaja, 1997.

¹¹⁵ Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1989.

¹¹⁶ Antonio PEIRÓ ARROYO, *Orígenes del nacionalismo aragonés (1908-1923)*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses, 1986.

¹¹⁷ En lo que atañe al costumbrismo, Fermín GIL ENCABO ha encontrado esa deformación desde los primeros momentos del autocomplaciente costumbrismo romántico (cf. n. 112).

¹¹⁸ En su tesis de licenciatura, todavía inédita, *Tres etapas del aragonismo a través de la literatura regional (1839-1914)*, Universidad de Zaragoza, 1983. Cf. su artículo «El baturro: radiografía de una metamorfosis (1859-1905)», *Andalán*, 403 (1984), pp. 18-21.

Aragón—, se pasa imperceptiblemente —y a menudo por las mismas personas— a celebrar las «parrilladas» o «mostilladas» del bibliotecario García Arista o el «Chufra, chufra, como no te apartes tú» de los cuentos de Nogués (chusco cuentecillo que pasó a *Nobleza baturra*, película de Florián Rey e Imperio Argentina que, según recuerda Agustín Sánchez Vidal, Hitler contempló varias veces con suma complacencia)¹¹⁹.

Los últimos veinticinco años no han sido menos pródigos en afanasas búsquedas de las señas de identidad¹²⁰. Salvando todas las distancias que deban ser salvadas, algo retienen de aquel aliento regenerador y de aquella curiosidad por la psicología regional que inspiraron las tempranas páginas de Miguel Agustín Príncipe o Vicente de la Fuente en el *Semanario Pintoresco* algunas incursiones antropológicas recientes, entre las que sería imperdonable olvidar las de Andrés Ortiz-Osés, ingeniosamente construidas sobre los tópicos regionales más manoseados. La «raza», el «medio» y el «momento» —lógicamente, con variantes y matizaciones— parecen seguir sustentando, tanto ese «Polvo, niebla, viento y sol» de la voz épico-elegíaca de Labordeta, como empeños historiográficos de envergadura.

En fin, toda una serie de signos actuales, desde la fraseología política, hasta los intentos de *restauración* lingüística, recuerdan nostálgicamente los idealismos y la mitología particularista de aquel efímero episodio romántico, cuya doble herencia —la reencarnación de su espíritu progresista, pero también la anacrónica exhumación de sus restos embalsamados— sigue alimentando todavía hoy las frustraciones y los deseos de autoafirmación colectiva.

¹¹⁹ «El día en que Hitler vio *Nobleza baturra*», *El Día*, 23-IV-1983.

¹²⁰ Cf. ahora el volumen, dirigido por Carlos FORCADELL, que conmemora el nacimiento de la revista *Andalán* y su decisiva contribución en la búsqueda de esta identidad regional (1972-1987. *Los espejos de la memoria*, Zaragoza, IberCaja, 1997).